

Feliz Aniversario

Adolfo Marsillach

PERSONAJES

LIDIA CONSTANZA.

PADRE-FERNANDO.

MADRE-CARMEN.

RENATA.

COSME-ÁLVARO.

LAURITA.

Estrenada en Sevilla el día 2 de Enero de 1991, en el Teatro Lope de Vega, y en Madrid el día 15 de Enero de 1991, en el Teatro Marquina.

REPARTO

LIDIA CONSTANZA.	Julia Gutiérrez Caba.
PADRE-FERNANDO.	Alberto de Mendoza.
MADRE-CARMEN.	Pilar Bardem.
RENATA.	Ana María Barbany.
COSME-ÁLVARO.	Roberto Mosca.
LAURITA.	Blanca Marsillach.

Posteriormente al estreno de la obra en Madrid y durante la gira que se realizó, el reparto tuvo esta modificación:

MADRE-CARMEN.	Carmen Lozano.
COSME-ÁLVARO.	Fernando Sotuela.

FICHA TÉCNICA

Producción	Ángel García Moreno.
Escenografía, vestuario e iluminación	Carlos Cytrynowski.
Coreografía	Alberto Portillo.
Fotografías	Ros Ribas.
Ayudante de dirección	Rafael Ribes.
Ayudante de escenografía	Pedro Muñoz.
Ayudante de producción	Luis San Narciso.
Gerente de compañía	Manuel Rojas.
Realización escenográfica	Enrique López.
Programación en Gira	Carpena.
Sonido	Milán Acústica.
Utilería	M ^a Carmen Merchán.
Eléctrico	José Luis Palmero.
Maquinista	Demetrio Sánchez.
Apuntadora	Blanca Paulino.
Regidor	Salvador Aznar.

Un espectáculo escrito y dirigido por
ADOLFO MARSILLACH

Parte I

En un espacio a determinar aparece una mujer, todavía hermosa, que se dirige de inmediato a hablarles a los espectadores: en seguida vamos a descubrir que se llama LIDIA CONSTANZA.

LIDIA.- Hola. Me alegro de que hayan venido. La verdad es que pensando en lo difícil que está el tráfico tiene su mérito. Es lo que yo le decía a Felipe, el regidor: «Mira, vamos a esperar un poquito que seguro que en Cibeles hay un atasco». De modo que muy agradecida. Yo no sé si ustedes han venido porque sí, por curiosidad, por matar la tarde o porque sabían que hoy es mi cumpleaños. De todas formas, muchas gracias. Y si ya conocían lo de mi cumple, pues nada, es un detalle. Voy a ver si al final de la función les obsequio con unos dulces y unas botellitas de cava. Depende de cómo se haya dado la cosa. Bueno, ¿ponemos un poco de música para ambientar? (**Suena «Beguin the Beguine» y LIDIA CONSTANZA sonríe irónicamente.**) Me llamo Lidia Constanza, que es un nombre como de culebrón venezolano, pero del cual yo no tengo la culpa. He intentado llamarme al revés: Constanza Lidia, pero no parece que el asunto mejore mucho. Hoy, aunque nada en mi aspecto exterior pueda hacerlo sospechar, hoy cumpla cincuenta años. Y como es mi aniversario, he decidido regalarme a mí misma algo especial. ¿Y qué es lo más especial que un ser humano puede regalarse a sí mismo? Pues nada menos que la decisión irrevocable de cambiar de vida. Pero no esa decisión menuda y doméstica de proponerse ser mejor cada treinta y uno de diciembre con un gorrito de cartón y un matasuegras. No. Entre otras razones porque yo no quiero ser mejor sino, simplemente, distinta. He tenido que llegar a los cincuenta años para descubrir que todo lo que he sido hasta ahora ha constituido un enorme embuste, una desorbitada y descomunal mentira. No quiero seguir así. A partir de hoy me convertiré en otra persona porque diré únicamente la verdad. No me divierte seguir engañando y engañándome. En serio. Es una historia muy larga que comienza, como todas, por el principio.

VOZ DE HOMBRE- Lidia Constanza, cariño, ¿con quién estás hablando?

LIDIA.- (Contestando.) Con nadie, papá, con nadie. **(Al público.)** ¿Se dan cuenta? Así empezó.

(Entra una señora que debe ser la madre de LIDIA CONSTANZA.)

MADRE- ¿Dónde te metes? ¿Me quieres decir dónde te metes?

LIDIA.- Estoy aquí.

MADRE.- Sí, claro, ya veo que estás aquí. Pero, ¿dónde estabas antes de estar aquí? No me contestes, que es inútil. En fin, vaya familia. ¿Has visto a tu padre?

LIDIA.- No.

MADRE- ¿No has hablado con él?

LIDIA.- No.

MADRE- ¿Seguro?

LIDIA.- Sí.

MADRE- Bueno, pues me voy. Un día me mataréis a disgustos, ya lo verás.

(La madre se va y LIDIA CONSTANZA vuelve a dirigirse al público.)

LIDIA.- ¿Por qué le mentí a mi madre? ¿Por qué le dije que no había hablado con mi padre cuando, ustedes son testigos, él me había preguntado con quién estaba hablando y yo le había respondido que con nadie? Ah, lo ignoro. Seguramente por comodidad. Porque la mentira, muchas veces, nos evita dar explicaciones. De manera que con asegurar que no sabía nada de mi padre, resuelto.

(Aparece el PADRE.)

PADRE.- ¿Con quién estás hablando? No me mientas.

LIDIA.- Con nadie, papá, con nadie.

PADRE.- No me gusta que hables sola. ¿Has visto a tu madre?

LIDIA.- No, papá.

PADRE.- Juraría que estaba contigo.

LIDIA.- Pues no, papá.

PADRE.- Si la ves, dile que la ando buscando.

LIDIA.- Sí, papá.

PADRE.- Que no se te olvide.

LIDIA.- No, papá. **(Y el padre se va por un sitio distinto al que se fue la madre. LIDIA CONSTANZA vuelve a dirigirse a los espectadores.)** ¿Lo ven? ¿Para qué le iba yo a contar a mi padre que había visto a mi madre si no le había dicho a mi madre que había hablado con mi padre? No, realmente no hubiese sido justo. A parte de que, ¿cómo saber si mi padre buscaba a mi madre para pelearse con ella o viceversa? Lo cierto es que en estas cuestiones yo siempre procuré ser neutral.

(Llegan el PADRE y la MADRE a la vez y en una actitud bastante grave.)

PADRE.- Mira, Lidia Constanza, te hemos llamado porque quisiéramos conocer cuáles son los sentimientos que, teniendo en cuenta tus pocos años y el incipiente estado de tus emociones, eres capaz de sentir por nosotros.

LIDIA.- ¿Cómo?

MADRE.- (Aclarando.) Tu padre te está preguntando si nos quieres.

LIDIA.- Ah, ¿eso?

MADRE- ¿Nos quieres?

LIDIA- Pues... sí. (**A los espectadores.**) Fui tan escueta porque yo quería a mis padres de una forma abstracta.

PADRE- ¿Y a quién de los dos quieres más?

LIDIA- (**Después de dudarlo un momento.**) A los dos. (**Ahora al público.**) No era verdad. Yo quería a mi madre cuando hacía compota de manzana y a mi padre cuando me daba cinco duros todos los sábados. En otras circunstancias, mi actitud hacia ellos era más bien gélida.

PADRE- Te hacemos esta pregunta porque ocurre algo muy especial, algo de ineludible trascendencia en la trayectoria de nuestras vidas.

MADRE- Sí, hijita, algo terrible.

PADRE- (**Solemne.**) Lidia Constanza, tu madre y yo vamos a separarnos.

LIDIA- (**Luego de otra pequeña duda.**) Vaya.

MADRE- No sufras, hija; la vida es así.

LIDIA- (**A los espectadores.**) Yo ya sabía que la vida es así, no soy tonta. Los padres de una amiga mía se separaron porque al marido le dio por fugarse con una trapecista del Circo Ruso.

PADRE- ¿No tienes nada que decir?

LIDIA- ¿Os vais a separar por mucho tiempo?

PADRE- (**Trascendental.**) Para siempre.

LIDIA- ¿Y eso es mucho?

PADRE- Lidia Constanza, ¿te has vuelto loca?

MADRE- (**Al PADRE.**) Déjala, está muy impresionada. Anda, vamos.

(Los padres se van y LIDIA CONSTANZA vuelve a dirigirse a los espectadores.)

LIDIA.- No me gustaría que ustedes pensarán que había dicho un despropósito. Todo lo contrario. No, verán, yo pregunté eso de si se iban a separar para mucho porque con los padres nunca se sabe.

(Regresan los padres, ahora en una actitud totalmente distinta a la anterior.)

PADRE.- Lidia Constanza, venimos a darte una buena noticia.

MADRE.- Buenísima.

PADRE.- Una noticia que, a buen seguro, te conmoverá.

MADRE.- Segurísimo.

PADRE.- **(Clamoroso.)** Lidia Constanza, tu madre y yo hemos decidido no separarnos.

(Se produce un silencio expectante.)

MADRE.- ¿No te alegras?

LIDIA.- **(Nada convencida.)** Mucho.

PADRE.- De modo que, para celebrarlo, toma cinco duros.

MADRE.- Y esta tarde... ¡compota de manzana!

PADRE.- **(A la MADRE.)** ¿Nos vamos, Charito?

MADRE.- Lo que tú mandes, Cristóbal.

(Se van los padres y LIDIA CONSTANZA les habla a los espectadores.)

LIDIA.- Mis padres se separaban aproximadamente una vez cada tres meses. Durante mucho tiempo pensé que el

matrimonio consistía en esto: unos señores, en general hombre y mujer, que se unen y se desunen sin parar. Luego descubrí que además, de cuando en cuando, hacen el amor. Bueno, en realidad el descubrimiento lo hizo Renata, una amiga mía algo dentona que iba conmigo al cole.

(Entra RENATA alborotadísima.)

RENATA.- Chica, no sabes, ayer, por casualidad, entré en el dormitorio de mis padres y vi a mi padre empujando a mi madre contra el armario.

LIDIA.- Ah, sí, claro, la quería asesinar: lo he visto en una película.

RENATA.- Es que papá estaba desnudo.

LIDIA.- Bueno ¿y qué?, hay gente para todo.

RENATA.- Ya, ya, pero mamá también estaba desnuda.

LIDIA.- Ah, pues mira, eso ya es más raro.

RENATA.- A mí me parece que aquello no tenía aspecto de asesinato.

LIDIA.- ¿No?

RENATA.- No, porque mi madre decía: «¿Te acuerdas de aquel verano en Fuengirola?»

LIDIA.- ¿Eso decía?

RENATA.- Sí, y luego ponía los ojos en blanco como una vez que le dio una lipotimia.

LIDIA.- ¡Qué extraño!

RENATA.- ¿Verdad?

LIDIA.- Sí, lo de Fuengirola no lo entiendo.

RENATA.- Para mí que estaban haciendo el amor.

LIDIA.- ¿Contra un armario?

RENATA.- ¿Y qué más da?

LIDIA.- Mujer, sí que da, porque si ahora resulta que para hacer el amor se necesita un armario...

RENATA.- Menos mal que no me vieron, que si no...

LIDIA.- ¿Y tú qué hiciste?

RENATA.- ¿Qué iba a hacer? Irme a mi cuarto y estudiar lo de los Reyes Godos, que tenía examen al día siguiente.

LIDIA.- Hija. ¡Qué sosa! Yo de ti me habría quedado a ver cómo acababa.

RENATA.- ¿Cómo va a acabar?: fatal. Dos personas desnudas contra un armario y hablando de Fuengirola no puede acabar bien.

LIDIA.- Tienes razón.

RENATA.- ¿Y los tuyos?

LIDIA.- ¿Los míos?

RENATA.- ¿Tus padres no hacen el amor?

LIDIA.- No sé, nunca se lo he preguntado. Bueno, una noche oí que mi padre le gritaba a mi madre.- «Te mueves menos que un municipal, Charito».

RENATA.- ¿Tú crees que eso sería...?

LIDIA.- Ahora que caigo, puede que sí.

RENATA.- Pues no se comprende.

LIDIA.- No.

RENATA.- ¿Tú estás interesada en esto de hacer el amor?

LIDIA.- No sé qué te diga. Si todo consiste en moverse...

RENATA.- Mujer, habrá algo más.

LIDIA.- No estoy muy segura.

RENATA.- Si lo descubro te lo digo, ¿vale?

LIDIA.- Vale. (RENATA se va y LIDIA CONSTANZA reanuda su diálogo con los espectadores.) Nunca lo descubrió, o, por lo menos, no me lo dijo. En cuanto a mí, una vez pasado

el entusiasmo de los primeros escauceos con mis novios, he comprobado que sí, que esto de hacer el amor no deja de ser una tracción mecánica a pistones de más que dudosa procedencia.

(Aparece el PADRE diciendo...)

PADRE.- Lidia Constanza, ven aquí.

LIDIA.- Sí, papá.

PADRE.- Siéntate, ¿quieres?

LIDIA.- Sí, papá.

PADRE.- Verás, hija mía, ¿cuántos años tienes?

LIDIA.- Doce, papá.

PADRE.- Pues me parece que ya es hora de que conozcas las verdades de la vida. ¿Tú sabes lo que son las verdades de la vida?

LIDIA.- No, papá.

PADRE.- Las verdades de la vida son un misterio profundo que alguna vez hay que descubrir. ¿Qué te parece?

LIDIA.- Estupendo.

PADRE.- Los niños no vienen de París, como a primera vista podría sospecharse, ni de ningún sitio más o menos geográfico.

LIDIA.- Ah, ¿no?

PADRE.- No. Los niños vienen como consecuencia de hacer el amor. ¿A ti te suena eso de hacer el amor?

LIDIA.- ¿Tiene algo que ver con un armario?

PADRE.- ¿Por qué?

LIDIA.- No, no, por nada, era una idea.

PADRE.- Los hijos nacen del ayuntamiento de un hombre y una mujer.

LIDIA.- Ah, sí, claro, una cosa municipal, ya entiendo.

PADRE- No, no entiendes. El hombre siente como un ansia, la mujer como un desasosiego, se van a la cama, apagan la luz y ya. ¿Está claro?

LIDIA- Clarísimo.

PADRE- ¿Nadie te había hablado de esto?

LIDIA- Nadie.

PADRE- ¿Ni tú tenías ninguna sospecha?

LIDIA- Ninguna.

PADRE- ¿No se te olvidará lo que te he contado?

LIDIA- No.

PADRE- Pues, ojo, que anda por el mundo mucho sádico.

(Y el PADRE se va no sin antes depositar un beso en la mejilla de su hija, quien insiste en dirigirse al público.)

LIDIA- Mi padre es una de esas personas que cree que el mundo se divide en dos clases de seres humanos: él, que lo sabe todo, y los demás, que son tontos del coxis. ¿Cómo me iba yo a creer eso de que se van a la cama, apagan la luz y ya? Y en cuanto a lo del sádico... Todas las tardes, a la salida del colegio, había en la esquina un individuo con bigote que se abría la gabardina y enseñaba una cosa cortita muy poco interesante. Renata decía que lo de cortita era lo de menos porque luego el asunto mejoraba, pero yo no estaba segura. ¿Cómo iba a mejorar un asunto tan inconsistente? Tampoco hay que hacerse ilusiones, digo yo.

(Vuelve a aparecer RENATA, a la que ya conocemos, con un libro debajo del brazo.)

RENATA- Que sí, que sí, que lo he leído en este libro de mi padre, que es médico.

LIDIA- ¿Y qué dice el libro de tu padre, si puede saberse?

RENATA.- Pues dice que existe una especie de fenómeno extrañísimo que se llama erección.

LIDIA.- ¿Y eso en qué consiste?

RENATA.- Parece que es algo así como un milagro por el cual ese chisme del señor de la gabardina se pone muy grande muy grande y no cabe en ningún sitio.

LIDIA.- Mujer, en algún sitio digo yo que cabrá.

RENATA.- A lo mejor.

LIDIA.- ¿Y eso le pasa a todo el mundo, quiero decir, a todos los hombres, o sólo al señor de la gabardina?

RENATA.- Supongo que a todos, porque si no ¿cómo iba a salir el señor de la gabardina en el libro de mi padre?

LIDIA.- No sé si creerte, Renata, que tú eres muy fantasiosa. Vamos a suponer que bueno, que sí, que esa cosa diminuta se pone grande. ¿Me puedes decir para qué y cuánto tiempo le dura esa grandeza?

RENATA.- El libro dice que las mujeres se alegran muchísimo cuando esto ocurre y que algunas incluso cantan desafinando. Bueno, el libro no lo cuenta así, pero se comprende. En cuanto a lo que dura, no lo explica.

LIDIA.- Algún límite tendrá, imagino, porque si no el señor de la gabardina en estas condiciones no podría dormir.

RENATA.- Es verdad, no se me había ocurrido.

LIDIA.- Si descubres algo más vienes y me lo cuentas. ¿De acuerdo?

RENATA.- De acuerdo. Un beso.

(Se va RENATA y LIDIA habla con el público.)

LIDIA.- Fue un tema que me tuvo obsesionada por lo menos un par de años y que me impidió a un mismo tiempo observar la vida con objetividad y aprender a resolver las ecuaciones de segundo grado. **(Suena música, un cha-cha-chá, y aparece un**

chico muy delgaducho que a lo mejor se llama COSME. En cuanto LIDIA lo ve, empieza a bailar con él mientras dice...)
Este es Cosme, mi primer novio.

COSME- Tú, claro, no conocerás las verdades de la vida.

LIDIA- Yo, no; ¿y tú?

COSME- Yo sí, pero no sé si contártelas porque eres muy pequeña.

LIDIA- No creas, no lo soy tanto: ya voy al cine sola.

COSME- Bah, eso no quiere decir nada. ¿Tú sabes lo que es una erección?

LIDIA- Ay, ¡qué tonto!, claro que lo sé. Una erección es lo que les pasa a los hombres cuando llevan gabardina.

COSME- Pues no, señora: las erecciones ocurren con gabardina o sin ella.

LIDIA- ¡Qué cosa!, ¿no?

COSME- A veces pasan estando de pie o sentado; o incluso bailando.

LIDIA- ¿Bailando, bailando como estás tú ahora?

COSME- Puede ser.

LIDIA- ¿Tú tienes una erección, Cosme?

COSME- Lidia, por favor, esto no se pregunta.

LIDIA- De alguna forma tendré que enterarme, digo yo.

COSME- No supondrás que si tuviera una erección te lo diría.

LIDIA- No veo por qué. Si yo tuviese una erección, tú serías el primero en enterarte.

COSME- Tú no puedes tener una erección.

LIDIA- ¿Por qué?

COSME- Porque no, y no insistas.

LIDIA- Está bien, pero ¿tú crees que si tienes una erección de esas yo lo voy a notar?

COSME- Seguramente.

LIDIA- ¿Y en qué lo voy a notar? ¿Te va a dar una lipotimia o algo así?

COSME- Escucha, Lidia Constanza, y no me obligues a repetírtelo: la erección es necesaria para que pueda existir el coito.

LIDIA- ¿Y eso qué es?

COSME- Una forma científica de hacer el amor.

LIDIA- Yo creía que una forma científica de hacer el amor era acostarse con un biólogo.

COSME- Pues no.

LIDIA- ¡Lo que aprendo contigo Cosme... qué barbaridad!

COSME- Me encanta que seas mi discípula. ¿Y a ti?

LIDIA- A mí más.

COSME- ¿De veras?

LIDIA- Sí.

COSME- ¿Me lo prometes, Lidia Constanza?

LIDIA- Te lo prometo, Cosme Ramírez.

COSME- Pues si me das un beso, te enseñaré más cosas.

LIDIA- ¿Sí? ¡Qué ilusión! (**COSME y LIDIA se besan y COSME hace mutis bailando, después LIDIA vuelve a hablar con el público.**) Cosme Ramírez Vargas puso una consulta de dentista en Astorga y se murió no hace mucho creyendo que yo era imbécil. Es curiosa la propensión que tienen los hombres a suponer que las mujeres son imbéciles; sobre todo, cuando la mujer es la propia. No, las mujeres, por regla general, no somos imbéciles, sino que nos lo hacemos. Es todo muchísimo más fácil. ¿Para qué discutir? Que te dicen que un Ford Fiesta es mejor que un Seat Ibiza, pues nada, que sí, que el Ford Fiesta; que te cuentan que Paul Newman se ha quedado bizco con la edad, pues tú que bueno, que pobre Paul Newman; que te aseguran que el Real Madrid es el mejor equipo del mundo, pues adelante, ¡viva el Real Madrid! ¿A nosotras qué más nos da si

las que utilizamos el coche somos nosotras, las que elegimos el cine somos nosotras y los que van al fútbol son ellos? La diferencia sustancial entre los hombres y las mujeres es que ellos mienten para poder vivir y nosotras mentimos para hacer la vida más agradable.

(Irrumpe en escena RENATA, la amiga que ya conocemos.)

RENATA.- ¡Me voy a casar!

LIDIA.- (Sorprendidísima.) ¿Lo has pensado bien?

RENATA.- Ni bien ni mal: no lo he pensado.

LIDIA.- ¿Y por qué te vas a casar si no lo has pensado?

RENATA.- Mujer, justamente por eso. ¡Pues anda que me iba yo a casar si llego a pensarlo...!

LIDIA.- ¿Y con quién vas a casarte?

RENATA.- Con el hijo de un droguero.

LIDIA.- ¿Nada más?

RENATA.- ¿Te parece poco? Su padre tiene la droguería en la Carrera de San Jerónimo, un sitio muy céntrico.

LIDIA.- ¿Y él a qué se dedica?

RENATA.- ¿A qué se va a dedicar? ¡Haces unas preguntas...! Es el hijo del droguero. Ya te lo he dicho.

LIDIA.- ¿Y tú?

RENATA.- Bueno, yo hasta que me quede con la droguería, me dedicaré a los niños, supongo.

LIDIA.- Mira, Renata, me parece que te equivocas.

RENATA.- ¿Por qué?

LIDIA.- Primero, porque tener una droguería en la Carrera de San Jerónimo es una de las cosas más antiguas que he oído en mi vida y, segundo, porque casarse sin amor es una ordinariez.

RENATA.- ¿Quién te ha dicho que me caso sin amor? A mí, Feliciano me gusta.

LIDIA.- Ah, y encima se llama Feliciano.

RENATA.- Bueno, ¿y qué? Tú tuviste un novio que se llamaba Cosme y yo no te dije nada.

LIDIA.- No irás a comparar.

RENATA.- Además tocaba la armónica, que ya me contarás lo que se puede esperar de un novio que toca la armónica.

LIDIA.- Mi Cosme tocaba lo que tenía que tocar y no me pinches que desbarro.

RENATA.- Pues no te metas con Feliciano.

LIDIA.- De acuerdo, no me meto. **(Una pequeña pausa.)** Así que te casas.

RENATA.- Sí.

LIDIA.- Con el hijo del droguero.

RENATA.- Eso es.

LIDIA.- Que tiene una droguería en la Carrera de San Jerónimo.

RENATA.- Exacto.

LIDIA.- Y que se llama Feliciano.

RENATA.- Justo.

LIDIA.- **(En un grito.)** Y ¿por qué vas a casarte, si puede saberse?

RENATA.- ¿Por qué va a ser? Porque ya tengo la edad, ¡coñe!

(LIDIA reanuda su monólogo con el público.)

LIDIA.- ¡Tener la edad...! No hay que fiarse de esta expresión: es demasiado ambigua. Hay mujeres que empiezan a decir que están en edad de casarse a partir de los dieciséis años; otras, en

cambio, no llegan nunca a ella. Lo de casarse es una cosa que viene de pronto, como una gripe. Se empieza con un estornudo, se sigue con unas décimas y en cuanto te descuidas, ¡pumba!, y ya estás metida en la cama sudando. Hay algo que se nota, que se ve venir, algo irremediable como un terremoto o un volcán o una catarata. Un día ves a un individuo, ni más guapo ni más feo que otros, te mira, te sonrío y tú piensas: «¡Hay que fastidiarse: ahora resulta que me voy a tener que casar con este tío!» (**Ha aparecido un personaje en escena, interpretado por el mismo actor que hizo antes el padre a la vez que suena una canción.- «Bésame mucho».**) Ahí le tienen: Fernando, el hombre de mi vida.

FERNANDO.- Yo a ti te conozco.

LIDIA.- Claro, me conoces porque te vas a casar conmigo.

FERNANDO.- ¡Huy, qué graciosa! ¿Cómo me voy a casar contigo si no te conozco?

LIDIA.- ¿No has dicho que me conocías?

FERNANDO.- Era una forma de hablar, de tener una conversación.

LIDIA.- Ah, ¡qué listo!

FERNANDO.- ¿Cómo te llamas?

LIDIA.- Lidia... Bueno... Lidia Constanza.

FERNANDO.- Es un nombre precioso.

LIDIA.- ¿No lo encuentras un poquito largo?

FERNANDO.- No, no, casi nada.

LIDIA.- ¿Y tú?

FERNANDO.- Fernando... Berrugón. Eso... Fernando.

LIDIA.- Berrugón.

FERNANDO.- Sí.

LIDIA.- Tampoco está mal.

FERNANDO.- (**Después de una pausa.**) ¿Estudias o trabajas?

LIDIA.- (Que no se lo puede creer.) ¿Cómo has dicho?

FERNANDO.- No, nada, olvídale.

LIDIA.- (Después de otra pausa.) Estudio.

FERNANDO.- ¿Qué?

LIDIA.- No está muy claro pero, en fin, mi padre quiere que vaya a la Universidad.

FERNANDO.- ¿Y tú?

LIDIA.- Ah, yo no sé; porque es lo que yo digo; ¿qué se me ha perdido a mí en la Universidad?

FERNANDO.- Ya.

LIDIA.- Tú, en cambio, debes de ser un empollón.

FERNANDO.- Bueno, verás, yo soy una persona responsable.

LIDIA.- ¿Y eso qué es?

FERNANDO.- Estudio Relaciones Públicas, ¿sabes?

LIDIA.- No, no sabía.

FERNANDO.- Es muy interesante.

LIDIA.- Me figuro. Ahí... en un hotel... recibiendo gente...

FERNANDO.- No sólo eso: convenciones... congresos... empresas... En el fondo, ¿qué crees tú que es un Presidente de Gobierno?

LIDIA.- ¡Un Relaciones Públicas!

FERNANDO.- ¡Bravo!, tú también eres muy lista.

LIDIA.- No tanto como tú.

FERNANDO.- No, no...

LIDIA.- Sí, sí...

FERNANDO.- Está bien, dejémoslo en empate: ¡los dos somos muy listos!

LIDIA.- Eso... (**Hay una pausa un poquito más larga de lo normal.**) Me tengo que ir.

FERNANDO.- ¿Nos volveremos a ver?

LIDIA.- Si tú quieres...

FERNANDO.- Claro que quiero.

LIDIA.- ¿Tú vienes mucho a este bar?

FERNANDO.- Los miércoles... sólo los miércoles.

LIDIA.- Hasta el miércoles, Fernando.

FERNANDO.- Adiós, Lidia...

LIDIA.- Constanza. (**Se va FERNANDO y LIDIA vuelve a hablar al público.**) Yo creo que me casé con Fernando porque se parecía a mi padre. No es que yo tenga ningún trauma psicológico de esos que vas a un señor, te tumbas en un sofá, cuentas cuatro cochinas y luego el señor, si no te viola, te deja tiesa con la factura. No. Yo nunca estuve enamorada de mi padre e incluso nunca entendí qué le vio mi madre para casarse con él, pero, bueno, con los años y con eso de que me llevaba al Parque del Oeste terminé acostumbrándome. Lo que ocurre es que si acabas teniéndote que ir a vivir con un individuo, pues si al menos se parece a alguien de la familia... mejor. Vamos, que siempre inspira un poco más de confianza; ¡a que sí! En cualquier caso, pude comprobar en mi noche de bodas, que, efectivamente, Fernando se parecía a mi padre una barbaridad.

(**Aparece FERNANDO con un pijama: puesto, naturalmente.**)

FERNANDO.- ¡No te ha gustado!, ¡no te ha gustado!

LIDIA.- ¿Por qué dices esto?

FERNANDO.- Porque no se puede terminar de hacer el amor y ponerse a hablar sola como si te hubieras vuelto loca.

LIDIA.- ¡No estoy hablando sola! Bueno... sí... estoy hablando sola.

FERNANDO.- ¿Lo ves?

LIDIA.- (**Disimulando todo lo que puede.**) Estoy hablando sola porque no puedo compartir con nadie la alegría que siento.

FERNANDO.- ¿Y conmigo?, ¿no puedes compartirla conmigo?

LIDIA.- (**Coqueta.**) Contigo menos, no seas absurdo: me da vergüenza.

FERNANDO.- Ah, ¿sí?

LIDIA.- Sí.

FERNANDO.- Comprendo. Te da vergüenza compartir conmigo lo que sientes y por esto te vienes a hablar sola al cuarto de baño.

LIDIA.- Como si estuviera loca, sí.

FERNANDO.- Porque tú, claro, nunca habías hecho el amor.

LIDIA.- Algo había oído de una gabardina, pero, en fin, no es lo mismo.

FERNANDO.- ¿Qué te ha parecido?

LIDIA.- (**A los espectadores.**) Si yo le hubiera dicho a Fernando Berrugón, mi reciente esposo, que con un novio que tuve en Benidorm un verano de mucho Levante lo había pasado mucho mejor, nuestro matrimonio habría terminado ipso facto. Pero, obviamente, no lo hice.

FERNANDO.- ¿En qué estás pensando? Contéstame.

LIDIA.- Perdóname: decías...

FERNANDO.- Te estaba preguntando qué te había parecido hacer el amor.

LIDIA.- Ah, pues... Fantástico... Fantástico... No sabría cómo explicártelo.

FERNANDO.- Pero, ¿es más de lo que he sentido yo o menos?

LIDIA.- No lo sé, de veras que no lo sé.

FERNANDO.- Es que yo quiero que sea más.

LIDIA.- Ah, tú quieres que sea más.

FERNANDO.- Sí.

LIDIA.- ¿Por qué?

FERNANDO.- Porque yo no soy de esos hombres que sólo buscan su satisfacción personal.

LIDIA.- ¿No?

FERNANDO.- No: esa actitud me parece de un machismo lamentable. Yo lo que quiero es que la otra persona se sienta plena, contenta, satisfecha... y que insista, que insista, con la seguridad de que esto le hará feliz.

LIDIA.- En una palabra: que tú lo que quieres es relacionarte.

FERNANDO.- Exacto.

LIDIA.- (Al público.) Me di cuenta aquella misma noche de que Fernando Berrugón ponía su entusiasmo profesional por encima de todo. Mi complaciente marido era un perfecto relaciones públicas hasta en la cama.

FERNANDO.- Dime: ¿has sentido una música?

LIDIA.- ¿Cuándo?

FERNANDO.- ¿Cuándo va a ser? Cuando... eso.

LIDIA.- Ah, cuando... eso.

FERNANDO.- Dime.- ¿la has sentido?

LIDIA.- ¿El qué?

FERNANDO.- La música.

LIDIA.- La música... ¿qué tipo de música?

FERNANDO.- Dulce... suave... cálida...; luego... poco a poco... más viva... más viva... trepidante... un trémolo... otro trémolo... y... al final... ¡zasca!

LIDIA.- Al final... ¡zasca! Bueno... verás... algo he oído... sí... ¿para qué voy a engañarte?... pero, en fin, nada sinfónico, la

verdad.

FERNANDO.- No te desanimes. El día en que oigas esa música habrás descubierto el sexo. ¿Qué te parece?

LIDIA.- ¡Fe-no-me-nal!

FERNANDO.- A propósito: ¿tienes un yogur?

LIDIA.- En la nevera debe de haber.

FERNANDO.- ¿Y quién le va a llevar el yogur a su maridito a la camita?

LIDIA.- Eso: ¿quién?

FERNANDO.- ¿Quién va a ser?: mi niña, Lidia Constanza, ¿verdad que sí?

(Y FERNANDO se va sin darle tiempo a LIDIA a que conteste, lo que ésta aprovecha para comentar al público.)

LIDIA.- Aquel yogur marcó mi vida definitivamente. Si en vez de llevarle el yogur a la cama, hubiese tenido la valentía de enviar a Fernando Berrugón a la mierda, seguramente la peripecia personal de Lidia Constanza habría sido otra y no estaría ahora celebrando mi cumpleaños con ustedes de esta manera tan tonta. Pero no lo hice. Le llevé el yogur, le puse dos cucharaditas de azúcar e incluso se lo moví un poquito. A partir de eso, mi vida se convirtió en un tobogán imparable.

(Aparece una vecina, la cual, como veremos en seguida, se llama CARMEN y debe ser interpretada por la misma actriz que hizo la madre.)

CARMEN.- Hola. Me llamo Carmen, pero tú puedes llamarme Carmenchu. O Menchu. Como prefieras.

LIDIA.- ¿Quién es usted?

CARMEN.- No me llames de usted. ¡Vaya una manera de empezar!

LIDIA.- Está bien. ¿De dónde sales?

CARMEN.- Vivo en el segundo piso. Estoy casada con un agente inmobiliario que se llama Manolo, que por cierto es mucho mayor que yo, y he venido a pedir un poco de aceite.

LIDIA.- ¿Un poco de aceite?

CARMEN.- Bueno, en realidad es una excusa. Quería conocerte. Te vi el otro día al subir al ascensor, pero no me atreví a decirte nada. Tenías muy mala cara. Claro, el matrimonio que te habrá salido fatal. ¡Ay pobre! Como a todas.

LIDIA.- No, no, Carmen...

CARMEN.- Menchu.

LIDIA.- Bueno, Menchu. El matrimonio aún no ha podido salirme fatal porque hace dos meses que estoy casada.

CARMEN.- No me digas más. Yo a los dos meses estaba de Manolo hasta la coronilla. ¿Tú sabes lo que es tener en casa un agente inmobiliario?

LIDIA.- Pues no, no lo sé.

CARMEN.- Más te vale. Siempre dándole a la matraca: que si la contribución, que si el catastro, que si la plusvalía...

LIDIA.- ¿Sólo eso?

CARMEN.- También ve la televisión. La otra noche se durmió entre «Perry Mason» y «Los Intocables».

LIDIA.- Mi Fernando no se duerme.

CARMEN.- Todavía. Al principio muchas cucamonas: que si esto, que si lo otro, que si me quieres, que si no me quieres, que si un besito en la nuca, que si un pellizquito en las nalgas... pero luego...

LIDIA.- Luego...

CARMEN.- Nada, lo que te digo: la tele y a roncar.

LIDIA.- Mujer, lo pones de un modo...

CARMEN.- Vamos a ser amigas, ¿no?

LIDIA.- Es que...

CARMEN.- Nos llevaremos divinamente, ya lo verás. Yo no es que sea cotilla, pero, hija, no sé qué me ocurre que me entero de todo lo que pasa en el barrio. Después voy y te lo cuento. ¿Te parece?

LIDIA.- Realmente...

CARMEN.- De acuerdo. Bueno, pues nada, abur. Ah, se me olvidaba.- ¿no tendrás un poquito de aceite?

LIDIA.- ¡No! (CARMEN, **Menchu**, se va. **LIDIA reanuda su texto con el público.**) Le mentí. Claro que tenía aceite. Una botella... dos... tres... cinco... ¡dieciocho botellas! Me encanta el aceite: de oliva, de girasol, de soja... Pero ¿por qué le tenía que dar yo una botellita de aceite a Carmen, Carmenchu, Menchu, la cotillísima vecina del segundo derecha? Por nada, absolutamente por nada.

(**Vuelva a aparecer CARMEN respondiendo a lo que acaba de decir LIDIA CONSTANZA.**)

CARMEN.- Por nada, no. Siempre conviene tener amigos en el vecindario. Y más una como yo que vivo en el segundo derecha y, si se precisa, puedo echar una mano. Mira, Lidia Constanza, hoy por ti y mañana por mí, que nunca se sabe. No hay que ser orgullosa que luego todo se paga. Aquí vino a vivir una chica, Maribel se llamaba, que iba regulín con su marido. Bueno, pues un día se tiró por el balcón, que estaba en el sexto piso, y no se mató. ¿Y quieres que te cuente por qué no se mató? Pues porque yo tenía abierto un toldo amarillo con flores verdes. ¿Y sabes por qué tenía yo abierto un toldo amarillo con flores verdes en pleno invierno y con un viento del Guadarrama que cortaba el intrínquilis? Pues porque yo sabía que Maribel un día u otro se iba a tirar por el balcón. ¿A que está bien traído?

LIDIA.- Muy bien, pero yo no pienso tirarme por el balcón.

CARMEN.- No estés tan segura; casos se han visto.

LIDIA.- Es que no tengo el menor motivo para suicidarme.

CARMEN.- ¡Hija, qué palabra tan fea! Yo no digo que te

vayas a suicidar; digo, simplemente, que a lo mejor, un día, te va a dar por tirarte por el balcón.

LIDIA.- Es que no me va a dar.

CARMEN.- (De repente.) ¿Eres feliz?

LIDIA.- (Sorprendida.) ¿Cómo?

CARMEN.- Me has oído perfectamente.

LIDIA.- No lo sé.

CARMEN.- ¡No lo sabes, no lo sé, nadie lo sabe! ¿Cómo podemos andar por la vida sin saber si somos felices?

LIDIA.- A lo mejor no hace falta.

CARMEN.- ¿Que no... que no...? ¿O tú te crees que es más importante cantar un bingo que ser feliz?

LIDIA.- Yo no he dicho eso.

CARMEN.- Por si acaso. (Cambiando de tercio.) ¿Cómo sigue tu matrimonio?

LIDIA.- Bien.

CARMEN.- O sea, mal.

LIDIA.- ¡No, no! Bien.

CARMEN.- De acuerdo, de acuerdo, no te enfades. Yo, de todas formas, pongo el toldo. Ah, y a propósito: ¿tienes un poquito de aceite?

LIDIA.- ¡¡No!!

CARMEN.- ¡Qué barbaridad! ¡A ver cuándo compras aceite, guapa!

(Se va CARMEN Carmenchu Menchu y LIDIA se dirige al público.)

LIDIA.- Podría haberla asesinado, pero nunca me ha apetecido

salir en los periódicos.

(Llega FERNANDO Berrugón, el marido, quien sustituye prácticamente a Menchu.)

FERNANDO.- Lidia Constanza, cariño, ¿dónde está el periódico de hoy?

LIDIA.- Sobre la mesa.

FERNANDO.- ¿Y las zapatillas?

LIDIA.- Debajo.

FERNANDO.- ¿Debajo del periódico?

LIDIA.- Debajo de la mesa.

FERNANDO.- ¿Y las gafas?

LIDIA.- Encima.

FERNANDO.- ¿Encima de la mesa?

LIDIA.- Encima del periódico.

FERNANDO.- Voy a ver.

(Se va FERNANDO y LIDIA se tapa los oídos. Al cabo de unos segundos se escucha un ruido tremendo. LIDIA CONSTANZA comenta con los espectadores.)

LIDIA.- Se me había olvidado advertirles de que Fernando Berrugón, mi marido, es cegato. Lo cual, por otra parte, no sería algo especialmente grave si por lo menos fuese guapísimo. Pero no, mi marido, Fernando Berrugón, relaciones públicas, es, simplemente, cegato.

(Vuelve a escucharse un ruido similar al anterior, y aparece FERNANDO Berrugón tambaleante.)

FERNANDO.- ¿Se puede saber por qué has puesto ese bulto en el pasillo?

LIDIA.- ¿Qué bulto?

FERNANDO.- ¡Vaya una pregunta! ¿Y yo que sé?: un bulto.

LIDIA.- ¿Dónde te has dado?

FERNANDO.- En la rodilla.

LIDIA.- Entonces debe de ser la cómoda.

FERNANDO.- ¿Por qué?

LIDIA.- Porque si te hubieras dado en un ojo habría sido la estantería.

FERNANDO.- ¡Haz el favor de cambiar esa cómoda de sitio!

LIDIA.- De acuerdo. ¿Dónde la quieres?

FERNANDO.- No sé. En la habitación, por ejemplo.

LIDIA.- ¿Tú crees? Te vas a dar en los tobillos cuando te quites los zapatos.

FERNANDO.- Entonces... en el comedor; eso... en el comedor.

LIDIA.- Ten cuidado. Te puedes golpear en un codo al pasar.

FERNANDO.- Pues en el salón, junto al televisor.

LIDIA.- ¡Vaya un sitio! ¡Con la de veces que cambias de canal...! Te pillarás los dedos, seguro.

FERNANDO.- ¡Oye, ya está bien! ¡Regálala de una puñetera vez y déjame en paz!

LIDIA.- No me grites.

FERNANDO.- No te grito. Te estoy pidiendo educadamente que regales la cómoda.

LIDIA.- No quiero.

FERNANDO.- Ah, no quieres.

LIDIA.- No, no quiero.

FERNANDO.- ¿Y se puede saber por qué no quieres?

LIDIA.- Porque es un regalo de familia.

FERNANDO.- ¿Y porque tú guardes un recuerdo de familia y yo me he de dar en la rodilla cada vez que vaya por el pasillo?

LIDIA.- Mira, Fernando, y a ver si lo asumes: tú no te das en el pasillo por culpa de la cómoda sino, simplemente, porque eres cegato.

FERNANDO.- ¿Cómo has dicho?

LIDIA.- No me apetece repetirlo.

FERNANDO.- ¿Has dicho que soy cegato? ¿Has dicho eso?

LIDIA.- Diecisiete dioptrías en cada ojo, más o menos.

FERNANDO.- ¡Si yo tuviera diecisiete dioptrías en cada ojo me habría muerto el año treinta y cinco!

LIDIA.- No te podrías morir el año treinta y cinco porque naciste el año treinta y seis.

FERNANDO.- Pues no habría nacido. Con diecisiete dioptrías en cada ojo, mejor no se nace.

LIDIA.- Pues naciste. Con todas las dioptrías del mundo, pero naciste.

FERNANDO.- Está bien, no discutamos. ¿Puedo leer el periódico?

LIDIA.- Puedes.

FERNANDO.- ¿Te vas a estar callada?

LIDIA.- Sí.

FERNANDO.- ¿Y no vas a hablar sola?

LIDIA.- No.

FERNANDO.- Ya veremos.

(**FERNANDO despliega el periódico y comienza a leer mientras LIDIA CONSTANZA le comunica al público por**

señas que lo siente mucho pero que no le está permitido hablar. Por fin, al cabo de un rato...)

LIDIA.- ¿Qué dice el periódico?

FERNANDO.- Nada.

LIDIA.- ¿Nada?

FERNANDO.- Nada.

(FERNANDO ha contestado categóricamente, pero LIDIA CONSTANZA no se da por vencida e insiste después de una pausa.)

LIDIA.- ¿Y si no trae nada por qué lo lees?

FERNANDO.- ¿El qué?

LIDIA.- El periódico.

FERNANDO.- Los periódicos no se leen para ver si traen algo.

LIDIA.- ¿Ah, no?

FERNANDO.- No. Los periódicos se leen para estar informados.

LIDIA.- ¿Sobre qué?

FERNANDO.- Sobre lo que traen.

LIDIA.- ¿Aunque no traigan nada?

FERNANDO.- Oye, si lo que pretendes es confundirme, vas lista. **(Hablandole como a una tonta.)** Los periódicos, aunque no traigan nada, siempre traen algo, ¿te enteras?

LIDIA.- No.

FERNANDO.- Bueno, no importa. **(Cayendo en la cuenta.)**
A propósito.- ¿tú qué haces aquí?

LIDIA.- ¿Cómo que qué hago aquí? Esta es mi casa, vivo en

ella y en el pasillo hay una cómoda que fue de mi familia.

FERNANDO.- Ya sé que en el pasillo hay una cómoda que fue de tu familia, no me lo recuerdes, ¡maldita sea!

LIDIA.- Entonces...

FERNANDO.- No me refiero a eso. Lo que yo te pregunto es qué haces aquí en vez de estar preparándome la cena.

LIDIA.- Ah, ya, que tú quieres cenar.

FERNANDO.- Exacto: yo, aunque te parezca un capricho, quiero cenar.

LIDIA.- Y pretendes que te haga la cena.

FERNANDO.- Eso es.

LIDIA.- Muy bien.

FERNANDO.- Muy bien, ¿qué?

LIDIA.- Que sí, que la haré.

FERNANDO.- Perfecto. **(Hay otra pausa.)** En este caso, ¿por qué no vas?

LIDIA.- He puesto unas alcachofas a hervir: no hay prisa.

FERNANDO.- No me gustan las alcachofas hervidas.

LIDIA.- Te las puedo hacer fritas.

FERNANDO.- Tampoco me gustan fritas; en realidad no me gustan las alcachofas.

LIDIA.- Pues no hay otra cosa. Bueno, sí: de postre tienes un plátano.

FERNANDO.- Son indigestos; los plátanos, de noche, son indigestos.

LIDIA.- ¿Ah, sí? No sabía.

FERNANDO.- Bueno, nada, me voy a ver la televisión.

LIDIA.- Excelente idea.

FERNANDO.- Hoy echan un programa nuevo.

LIDIA.- Enhorabuena.

FERNANDO.- Pasa en un submarino: al cabo de cinco meses sin víveres, debajo del agua, el capitán se enamora del cocinero.

LIDIA.- Maravilloso.

FERNANDO.- Sí, puede ser entretenido. **(Otra pausa.)** De modo que las alcachofas...

LIDIA.- Hirviendo. **(FERNANDO se va y LIDIA CONSTANZA vuelve a taparse los oídos. Como era de suponer, se escucha de nuevo el sonido de un golpe: ¡FERNANDO Berrugón se ha dado otra vez con la cómoda! LIDIA les habla a sus oyentes.)** La verdad es que las alcachofas no estaban hirviendo. ¿Cómo iba yo a poner las alcachofas a hervir con la de cosas que tengo que contarles? Lo que aquí está pasando no es que a mi marido no le gusten las alcachofas sino que a mi marido estoy empezando a no gustarle yo.

(Regresa FERNANDO Berrugón en una actitud distinta a la que se fue. Puede suponerse que ha pasado un tiempo.)

FERNANDO.- Tengo hipo. Y eso debe de ser culpa de las alcachofas. ¿Por qué me pones alcachofas para cenar si sabes que me dan hipo?

LIDIA.- No lo sabía, Fernando, te lo juro.

FERNANDO.- Claro que lo sabías, lo sabías perfectamente, no disimules.

LIDIA.- Hombre, comprendo que para un relaciones públicas tener hipo es un incordio.

FERNANDO.- ¿Cómo un incordio? ¡Un desastre, una tragedia, una hecatombe! Un día que me diste alcachofas para comer, intenté negociar con un árabe por la tarde y en vez de venderle una finca en Marbella le acabé comprando un apartamento en Kuwait.

LIDIA.- Bueno, está bien, no te sofoques. Anda, anda, siéntate y cálmate, ¿quieres? **(FERNANDO se sienta en medio de un escandaloso ataque de hipo. LIDIA le da pequeños golpecitos en la espalda.)** ¿Vas mejor? ¿Te encuentras bien?

FERNANDO.- (Haciendo un esfuerzo.) Sí, creo que sí.

LIDIA.- ¿Estás sentado cómodamente?

FERNANDO.- ¿Por qué? ¿Le ocurre algo a la silla?

LIDIA.- No; a la silla no le ocurre nada... de momento.

FERNANDO.- ¿Qué quieres decir?

LIDIA.- (Trascendental.) Fernando, amor mío, ¡estoy embarazada!

FERNANDO.- ¿Cómo?

(A FERNANDO Berrugón, marido de LIDIA CONSTANZA, se le ha quitado el hipo inmediatamente.)

LIDIA.- Estoy embarazada... ¡de ti!

FERNANDO.- ¡Hombre, ya me figuro! ¿Y de cuánto estás embarazada?

LIDIA.- ¿Cómo va tu hipo?

FERNANDO.- ¿Mi hipo? ¿Qué hipo? ¡Ya no tengo hipo!

LIDIA.- ¿No tienes hipo?

FERNANDO.- No, no tengo hipo.

LIDIA.- Me alegro. ¡Pues yo tampoco estoy embarazada, para que te enteres! Te he dado un susto por lo del hipo. ¿Cómo voy a estar embarazada si la última vez que te acostaste conmigo fue en San José y porque estábamos en Valencia y eran las fallas?

FERNANDO.- Lidia Constanza, no me gustan este tipo de bromas.

LIDIA.- Fernando Berrugón, a mí tampoco me gusta que te acuestes conmigo en las fiestas populares.

FERNANDO.- (Iracundo.) ¡Me acuesto contigo cuando me peta!

LIDIA.- Pues, hijo, te peta menos que a un dos caballos.

FERNANDO.- Lidia Constanza, ten cuidado con lo que dices.

LIDIA.- Fernando Berrugón, ten cuidado con lo que haces. Mejor dicho: con lo que no haces.

FERNANDO.- Yo cumplo con el débito.

LIDIA.- (No queriendo entender lo que acaba de oír.) ¿Qué has dicho?

FERNANDO.- Que cumplo con el débito. Me acuesto contigo de cuando en cuando... como está mandado.

LIDIA.- Pero ¿cómo que está mandado? Oye, rico, ni que fuese la mili.

FERNANDO.- (Encampanándose.) ¿Tienes alguna queja? A ver, a ver, contesta.- ¿tienes alguna queja?

LIDIA.- Claro que tengo alguna queja: muchas, muchas quejas. Te acuestas conmigo por ¡obligación!

FERNANDO.- No es verdad: en Valencia te hice el amor seguidito y los de la habitación de al lado en el hotel protestaron.

LIDIA.- Mira, Fernando Berrugón, no me apetece discutir; de modo, que ¡basta! El hecho concreto es que no te gusto... ¡Ya no te gusto!

FERNANDO.- Sí me gustas. Cuando te veo cambiar de ropa, por ejemplo, me excitas.

LIDIA.- Ah, cuando me ves cambiar de ropa, te excitas.

FERNANDO.- Sí. ¿Soy un depravado porque me gusten los ligeros negros, las braguitas transparentes y los sujetadores con puntillas?

LIDIA.- No sabía.

FERNANDO.- Pues sí, me gustan. ¿Pasa algo?

LIDIA.- Nada, no pasa nada.

FERNANDO.- Sólo que tú no te pones ligeros negros ni braguitas transparentes ni sujetadores con puntillas.

LIDIA.- ¿No?

FERNANDO.- ¡No! Tú te pones, como máximo, un camisón rosa con un no sé qué calado en el centro.

LIDIA.- No lo desprecies: es un camisón antiquísimo de mi abuela.

FERNANDO.- No lo desprecio, pero yo no quiero acostarme contigo con un camisón antiquísimo de tu abuela.

LIDIA.- ¿No?

FERNANDO.- ¡No; por mis muertos, no!

LIDIA.- ¿Y cómo quieres acostarte conmigo, si puede saberse?

FERNANDO.- Pues de una manera insólita, caprichosa, extravagante...

LIDIA.- Contra un armario, por ejemplo.

FERNANDO.- Sí, contra un armario, por ejemplo.

LIDIA.- A ti te gustaría hacer el amor conmigo contra un armario.

FERNANDO.- Puede ser.

LIDIA.- Aunque sea incómodo.

FERNANDO.- Aunque lo sea.

LIDIA.- Tú y yo desnuditos en el armario.

FERNANDO.- Eso: tú y yo desnuditos en el armario.

LIDIA.- (**Gritando.**) Pero ¿cómo vas a hacer el amor contra un armario si en nuestro dormitorio no hay un armario?

FERNANDO.- Pues se compra, ¡se compra un armario!

LIDIA.- Perfecto: ¡compramos un armario y una gabardina!

FERNANDO.- No sé qué tiene que ver una gabardina, pero vale.

LIDIA.- Entonces, venga, saca la tarjeta de Galerías Preciados.

FERNANDO.- ¿Para qué quieres que saque la tarjeta de

Galerías Preciados?

LIDIA.- ¡Para comprar un armario de luna y una gabardina!
¡Para ver si me haces el amor entre falla y falla!

FERNANDO.- De acuerdo: ¡yo compro el armario y la gabardina y tú no te vuelves a poner ni el camisón ni el gorrito de plástico para la ducha!

LIDIA.- (**Herida.**) ¿Se puede saber qué le pasa a mi gorrito de plástico para la ducha?

FERNANDO.- Que yo no me puedo ir a trabajar por las mañanas a la empresa García and García Brothers después de verte con el gorrito.

LIDIA.- De manera que no puedes.

FERNANDO.- Puedo, pero con mal cuerpo.

LIDIA.- Eres un ordinario. Sofia Loren sacaba uno así en una película y a ti bien que te gusta Sofia Loren.

FERNANDO.- Lidia Constanza, no me gustaría que te ofendieses, pero cualquier parecido entre tú y Sofia Loren es pura ficción.

LIDIA.- Pues, ¿sabes qué te digo?: que la próxima vez le vas a poner la enagua con puntillas a tu abuela.

FERNANDO.- Bueno, bueno, no nos enfademos ahora que estamos de acuerdo en lo del armario. Me voy a ver la tele.

LIDIA.- Ah, te vas a ver la tele y me dejas sola pase lo que pase.

FERNANDO.- Mujer, ¿qué va a pasar?

LIDIA.- ¿Y si suena el teléfono y es Marlon Brando?

FERNANDO.- No creo.

LIDIA.- Yo tampoco. (**FERNANDO Berrugón se va a ver la tele mientras LIDIA CONSTANZA vuelve a confesarse a la audiencia.**) No, no llamó Marlon Brando. Casi nunca llama el que uno espera que llame. Al teléfono llama el carnicero, el chico de la tienda de comestibles, una señora que se ha equivocado de número y un individuo que se masturba mientras emite pequeños grititos selváticos; pero ése que a una le gustaría

que llamara, ése... ése no llama nunca. Y no es que falten ocasiones. A veces, en el metro o en el autobús o a la salida del supermercado, te cruzas con alguien... con alguien que... Bueno, con alguien que podría tal vez cambiar tu vida. Un día, coincidí con un hombre en un portal. Llovía mucho y los dos nos habíamos guarecido allí por casualidad. No sé si era guapo, pero olía muy bien y me preguntó cómo me llamaba con una voz tan profunda, tan profunda, que parecía como de doblaje. A mí, la verdad, me impresionó. Llovía tanto, hacía tanto frío y era tan literariamente cálido... No hablamos mucho. Él, ignoro por qué, me dijo que viajaba con frecuencia y me contó que, en algún país del Caribe, las playas son blancas, el agua tibia y, cuando nadas, los peces se mueven entre tus piernas. Quizás a ustedes les parezca absurdo o infantil o no sé qué, pero ¡le agradecí tanto que me hablara del Caribe bajo aquella lluvia...! Debía de estar muy fea porque tenía el pelo mojado y hasta un poquito ridícula con un par de bolsas del supermercado llenas de naranjas, el vinagre, la botella de vino, el pan, los yogures, los plátanos, y, desde luego, las alcachofas. Hubiera dado algo por ser Sofia Loren saliendo resplandeciente debajo de la ducha. Sí, hubiera dado cualquier cosa por ser Sofia Loren porque él, a lo mejor, era Marlon Brando. Cuando escampó un poco y estábamos a punto de marcharnos, me preguntó mi número de teléfono. Yo se lo dije despacito despacito para que le diera tiempo de aprendérselo. Le dije: «¿No te olvidarás?» Y me contestó: «No me olvido de lo que me importa». Durante días estuve esperando que llamara, pero no lo hizo. Así que ahora ya sé que Marlon Brando no llamará nunca.

(Regresa FERNANDO Berrugón, diciendo...)

FERNANDO.- ¡Otra vez alcachofas! ¡No puede ser!

LIDIA.- (Al público.) Yo no lo hacía con mala intención. En la tienda de comestibles siempre me ofrecían alcachofas: unas veces porque era temporada y otras porque: «Lléveselas, que estas congeladas son mejor que las naturales». En cuanto me descuidaba, como una es débil de carácter, ¡alcachofas!

FERNANDO.- ¿Con quién hablas? ¿Otra vez hablando sola?

LIDIA.- ¿Qué te pasa ahora si puede saberse?

FERNANDO.- Me pasa que, como siga así, me van a salir las alcachofas por el oído.

LIDIA.- Te quejas de vicio. ¡Encima de que me preocupo por ti! Deberías agradecermelo: las alcachofas son buenísimas para la vista.

FERNANDO.- No mientas, que siempre me mientes. Las buenas para la vista son las zanahorias. Y me molesta la manera de señalar.

LIDIA.- Pues si no son buenas para la vista, serán buenas para otra cosa. A lo mejor son afrodisíacas, y a ves tú.

FERNANDO.- ¿Tú crees?

LIDIA.- Digo yo. Porque si no, no se explica que te cargaras el armario.

FERNANDO.- De modo que tú crees que me cargué el armario por las alcachofas.

LIDIA.- Por las alcachofas y por algo más, supongo yo que sería. El caso es que nos quedamos empotrados y tuvo que venir Carmen Carmenchu Menchu a echarnos una mano, que no sé si te acuerdas del numerito. Menos mal que tú llevabas puesta la gabardina, que si no...

FERNANDO.- Bueno, pues aun así... ¡Ya está bien de alcachofas! ¡No quiero más alcachofas!, ¿te enteras?, ¡se acabaron las alcachofas!

LIDIA.- Oye ¿y por qué en vez de enfadarte tanto, no te cocinas tú otra cosa?

FERNANDO.- (Mosquísima.) ¿Qué insinúas?

LIDIA.- Insinúo que podrías ir al supermercado, elegir lo que te apeteciera y venir aquí a cocinártelo tan ricamente.

FERNANDO.- ¿Estás hablando en serio?

LIDIA.- Del todo.

FERNANDO.- (Tardando en reaccionar.) Soy un relaciones públicas, un modesto relaciones públicas que se pasa el día diciendo.- "Sí, señor. No, señor. Lo que usted diga, señor. ¿Le apetece algo más a la señora? La mejor peluquería para

perros de Madrid esta en la calle O'Donell 75, ¿desea la señora que lleve el perrito de la señora a que le hagan la permanente?" Me duelen las mandíbulas de sonreír, se me pone el culo rojo de tanto estar sentado y tengo agujetas de subir y bajar escaleras como si fuese Fred Astaire. ¡¡¡No puedo ir, encima, al supermercado!!!

LIDIA.- ¿Y yo sí?

FERNANDO.- Tú sí.

LIDIA.- ¿Por qué?

FERNANDO.- ¡Porque tú no estás trabajando, Lidia Constanza!

(Hay una pausa tremenda.)

LIDIA.- Eso no me lo habían dicho nunca.

FERNANDO.- **(Implacable.)** Tus padres querían que fueras a la Universidad y no fuiste, terminaste la Reválida de milagro y dejaste el Preu a la mitad, te apuntaste a un curso de inglés, a otro de guitarra y a un tercero de danza hawaiana y no acabaste ninguno. Eres una de esas personas que se sienten capaces de hacerlo todo a condición de no dar jamás el primer paso. Eres fantástica, estupenda, e... inútil, Lidia Constanza, esta es la verdad.

LIDIA.- ¿Y por eso me has castigado a hacerte la cena todas las noches?

FERNANDO.- No me haces la cena: me das alcachofas.

LIDIA.- Bueno, a darte alcachofas.

FERNANDO.- Puede ser.

LIDIA.- O sea, que si yo trabajara, mi adorable cegato ya no comería alcachofas todas las noches.

FERNANDO.- No lo sé.

LIDIA.- ¿Y qué cenaría mi encantador maridito si puede saberse?

FERNANDO.- Lo ignoro.

LIDIA.- Tal vez nada.

FERNANDO.- No, nada no; porque tú seguirías haciéndome la cena... con o sin alcachofas.

LIDIA.- ¿Ah, sí? ¿No me has dicho que tengo que ir al supermercado porque no trabajo?

FERNANDO.- Sí, eso he dicho, pero eso no significa gran cosa. ¡Alguien tiene que ir al supermercado, ¿no?!

LIDIA.- Yo.

FERNANDO.- La mujer.

LIDIA.- Trabaje o no trabaje.

FERNANDO.- Escucha, Lidia Constanza, me estás liando; me estás liando y no me voy a dejar. Lo que yo quiero decir es que a mí me parece natural que las mujeres hagan la cena, sólo que, si encima no trabajan, pues bueno, ¿cómo te lo diría?, están más obligadas. ¿Queda claro?

LIDIA.- Clarísimo.

FERNANDO.- ¿Hacemos las paces?

LIDIA.- Bueno.

FERNANDO.- ¿Probamos de nuevo el armario?

LIDIA.- No, no probamos lo del armario.

FERNANDO.- ¿Me pongo la gabardina?

LIDIA.- No, no te pones la gabardina: no mejoras.

FERNANDO.- ¿Nunca más alcachofas?

LIDIA.- Nunca más.

FERNANDO.- Entonces, si no te importa, me voy a la cama a ver la tele.

LIDIA.- De acuerdo; que te diviertas.

FERNANDO.- No tardes. Y no te pongas a hablar sola, que te conozco.

LIDIA.- Descuida. **(Se va el marido y LIDIA CONSTANZA habla a los espectadores. Empieza a escucharse, lejana, la música «En forma» de Glenn Miller.)** Con los años cada vez me parezco más a mi madre: la misma mirada... las mismas arrugas... A veces, delante del espejo, me pregunto si ella tuvo que mentir tanto como yo. ¿De dónde nos viene a las mujeres esta estúpida necesidad de ser amadas? ¿Seríamos más felices o estaríamos, por lo menos, más satisfechas, si no tuviésemos la odiosa manía de mover la cola cada vez que suena nuestro nombre o cada vez que alguien nos pasa, cariñosamente, la mano por la espalda? Los hombres precisan ser admirados y las mujeres necesitamos ser queridas. En el fondo nos cuesta muchísimo decir no. Por eso somos angustiosamente falsas cuando ellos son absurdamente fuertes. ¿No hay forma de cambiar esta situación? ¿No hay un modo de ser diferente?

(Se escucha la voz del marido que cada vez recuerda más al padre.)

FERNANDO.- Lidia Constanza, cariño, ¿otra vez hablando sola? Anda, ven, que ha empezado Teledeporte.

LIDIA.- (Contestando.) Ya voy, Fernando Berrugón, ya voy. **(Y ahora habla al público.)** Vuelvo enseguida. No se vayan. A menos que se aburran mucho, claro está. Si se quedan, a lo mejor les cuento los resultados de fútbol. ¡Son tan apasionantes!

(Se va LIDIA CONSTANZA. Y sube el volumen de la música. Se encienden las luces de la sala y así termina esta primera parte.)

Parte II

Al compás de «C'est si bon», cantada por Louis Armstrong, se apagan las luces de la sala, se encienden las del escenario y LIDIA CONSTANZA llega para seguir hablando con el público.

LIDIA.- Me alegro de que no se hayan ido; de veras. Aunque las personas que me rodean puedan pensar otra cosa, me encanta charlar con la gente y nada me molesta más que hablar sola. ¿Lo ven? Así es la vida: todo apariencias. En fin... supongo que ustedes estarán muy interesados por saber cómo terminó la historia de las alcachofas. Pues, verán, hicimos un pacto: yo no le volví a dar alcachofas y él, mi marido, dejó de reprocharme que no trabajara. Claro que el daño, o el bien, que nunca se sabe hasta el final, ya estaba hecho. ¿Era yo una persona inútil como había dicho Fernando Berrugón? ¿Qué es lo que estaba mal en mí, Lidia Constanza, y en todas las mujeres como yo? ¿De qué ridícula mentalidad o de qué terrible educación éramos víctimas? ¿A qué maldito primer gen femenino había que remontarse para acabar necesitando enamorarse de un extraño en un portal, bajo la lluvia, con dos bolsas del supermercado? Cuando más preocupada estaba por estas cuestiones, me quedé embarazada de Laurita, una niña tirando a morenaza.

(Aparece repentinamente, y enlazando con las últimas frases que hemos escuchado, el marido, FERNANDO Berrugón.)

FERNANDO.- Oye, no será una broma como la última vez.

LIDIA.- ¿Tú tienes hipo?

FERNANDO.- No, no tengo hipo porque ya no me das alcachofas.

LIDIA.- Pues entonces.

FERNANDO.- ¿Y de cuánto estás?

LIDIA.- De tres meses y medio.

FERNANDO.- Y me lo dices ahora, me lo dices ahora, ¿te parece bien?

LIDIA.- Más vale tarde que nunca, ¿no?

FERNANDO.- ¿Cómo ha sido?

LIDIA.- ¿El qué?

FERNANDO.- Lo del embarazo.

LIDIA.- ¿Cómo va a ser? Como de costumbre; un sábado que no tenías que ir a trabajar.

FERNANDO.- ¿Pero tú no tomabas la píldora?

LIDIA.- La tomaba.

FERNANDO.- Ah, ¡y dejaste de tomarla! ¡Sin consultármelo!

LIDIA.- No había nada que consultar. Todo ocurrió en un descanso.

FERNANDO.- De la píldora.

LIDIA.- Exacto.

FERNANDO.- Pero los descansos están establecidos, la aritmética sirve para algo, Lidia Constanza: ¡te descontaste!

LIDIA.- No me desconté. Ya te lo dije: como tú los sábados te vas a enseñarles Segovia a los extranjeros y aquel sábado te quedaste en casa...

FERNANDO.- Podías haberlo dicho.

LIDIA.- No me dio tiempo. Te echaste encima de mí como un poseso.

FERNANDO.- Yo no me echo encima de nadie como un poseso porque soy una persona fina.

LIDIA.- Pues te echaste encima de mí como un poseso fino, pero te echaste.

FERNANDO.- **(Después de una pausa.)** ¡Y lo vas a tener!

LIDIA.- ¿El qué?

FERNANDO.- El niño.

LIDIA.- Claro que lo voy a tener, y no será niño, sino niña.

FERNANDO.- Porque tú lo digas.

LIDIA.- Porque yo lo diga.

FERNANDO.- ¿Cómo se va a llamar?

LIDIA.- Laurita.

FERNANDO.- Mi madre se llama Tomasa.

LIDIA.- Fantástico, pero yo no quiero tener una hija que se llame así.

FERNANDO.- Es que mi abuela también se llamaba Tomasa.

LIDIA.- Pues más a mi favor.

FERNANDO.- De acuerdo, de acuerdo, tendremos una hija que se llamará Laurita y que se parecerá a ti.

LIDIA.- Y a ti.

FERNANDO.- (**Con retintín.**) Eso espero.

LIDIA.- Se parecerá a ti porque, aunque las circunstancias ambientales podrían propiciar otra conducta, no me he acostado con nadie que no fueras tú.

FERNANDO.- Estaría bonito.

LIDIA.- Ni bonito ni feo: el vecino del sexto es un veterinario que hace gimnasia con música de Los Beatles, el del cuarto es un ingeniero de caminos que, aunque nadie sabe por qué, tiene siempre una pierna escayolada, y el del segundo derecha se pasa el día arreglando un toldo amarillo con flores verdes.

FERNANDO.- ¿Y el frutero?

LIDIA.- Es mariquita como el capitán del submarino ese que echan por la televisión.

FERNANDO.- (**Tomando una decisión.**) Pues, ¿sabes lo que te digo?

LIDIA.- ¿Qué?

FERNANDO.- Que estoy encantado de tener una hija: Laurita, ¿no?

LIDIA.- Laurita.

FERNANDO.- Laurita Berrugón. No suena mal, ¿verdad?

(Se va diciendo esta frase mientras LIDIA CONSTANZA comenta con el público.)

LIDIA.- ¡Maravilloso, suena maravilloso! Laurita Berrugón... ¡premio! Tuvimos un niño que, como casi de inmediato se pudo comprobar, fue una niña. Una niña tan morena como insoportable.

(Aparece, ya era hora, la tal LAURITA.)

LAURITA.- Mamá, necesito dinero.

LIDIA.- ¿No te lo ha dado tu padre?

LAURITA.- Sí, pero es insuficiente.

LIDIA.- ¿Por qué es insuficiente? ¿Para qué necesitas el dinero? ¿No duermes en casa, no comes en casa, no te bañas en casa y no te pasas el día colgada del teléfono en casa?

LAURITA.- Mamá, no seas antigua. Salgo con mis amigos, voy al cine, me tomo una copa...

LIDIA.- ¡Te drogas!

LAURITA.- No, no me drogo.

LIDIA.- Sí, te drogas, no me lo discutas. He descubierto en tu habitación un librito de papel de fumar.

LAURITA.- ¿Y qué?

LIDIA.- ¡Que te drogas!

LAURITA.- Mamá, creo que me he fumado tres porros en toda mi vida.

LIDIA.- No digas toda mi vida como si fueras Encarna Sánchez...

LAURITA.- Mamá...

LIDIA.- Y no repitas siempre ¡mamá, mamá, mamá, mamá!

LAURITA.- ¿Por qué?

LIDIA.- Porque me envejece.

LAURITA.- Eres mayor.

LIDIA.- No soy mayor.- tú me haces mayor.

LAURITA.- Tengo diecisiete años.

LIDIA.- Claro, tienes diecisiete años y me envejeces. Pero no sólo porque tengas diecisiete años, sino porque tienes diecisiete años... inútiles. Yo a tu edad ya había terminado brillantemente el Bachillerato y el Preu y estaba a punto de entrar en la Universidad.

LAURITA.- Pero no entraste.

LIDIA.- No entré porque se cruzó en mi vida un relaciones públicas; por eso no entré. Un relaciones públicas con bigote. Yo nunca había visto a un relaciones públicas con bigote, compréndelo.

LAURITA.- Y te casaste con él.

LIDIA.- Sí, me casé con él por amor. Yo siempre he estado enamorada de tu padre. Por él sacrifiqué una espléndida carrera que tenía delante. Porque yo soy una persona activa, emprendedora... Y por eso me duele que tú seas tan distinta a mí. Te has apuntado a un curso de inglés, a otro de guitarra y a un tercero de danza hawaiana y... ¡no los has terminado! ¡No se puede ir por la vida sin terminar lo que se empieza! ¡No es posible triunfar sin haber acabado un cursillo de danza hawaiana!

(LIDIA CONSTANZA se ha quedado exhausta y se produce una pausa.)

LAURITA.- ¿Algo más?

LIDIA.- No, nada más.

LAURITA.- ¿Me das el dinero?

LIDIA.- ¿Cuánto necesitas?

LAURITA.- Mil setecientas.

LIDIA.- ¿No podrían ser mil seiscientas cincuenta?

LAURITA.- No, no podrían.

LIDIA.- ¿Por qué?

LAURITA.- Porque la primera copa la pago yo y la segunda algún chico.

LIDIA.- Ah, algún chico...

LAURITA.- Sí, mamá, las calles están llenas de chicos.

LIDIA.- Lo sospechaba.

LAURITA.- ¿Me das el dinero?

LIDIA.- Sí. (**LIDIA le da las mil setecientas pesetas a LAURITA, ésta se va y LIDIA se dirige a los espectadores.**)
¿Y para esto pasé la tosferina, la escarlatina, las paperas y un amago de filtración en el pulmón derecho, con ella? ¿Es esto la maternidad? ¿Es esto la familia? ¿Tener un hijo porque un sábado por la tarde tu marido se te echa encima como un poseso? ¿Ver cómo luego el hijo crece, se estira, se convierte en una muchacha insoportable y no termina el Bachillerato, como tú, ni los cursos de inglés, de guitarra y de danza, también como tú? ¿Es esto todo? ¿No hay más que esto? No puede ser; resulta duro aceptarlo. Hoy que es mi cumpleaños tendré que meditar seriamente sobre este problema.

(Regresa LAURITA, la hija.)

LAURITA.- Mamá, te tengo que dar una noticia buenísima.

LIDIA.- ¡Te marchas de casa!

LAURITA.- Ay, mamá, ¡qué cosas dices! ¿Cómo me voy a ir de casa?

LIDIA.- Ah, no sé, yo cuando era joven siempre me quería ir de casa.

LAURITA.- ¿Y te fuiste?

LIDIA.- No, no me fui.

LAURITA.- ¿Por qué?

LIDIA.- Porque no tenía dónde ir.

LAURITA.- Pues a mí me pasa lo mismo, ya ves tú. Me podría ir a vivir con una amiga que tiene una buhardilla en Cascorro, pero la cadena del water no le tira y no es plan. Un colombiano de Manizales quiere que me vaya con él, pero canta cumbias en el metro y no me fío.

LIDIA.- ¿Entonces...?

LAURITA.- Nada, que aquí me quedo.

LIDIA.- ¿Y la noticia?

LAURITA.- ¿Qué noticia?

LIDIA.- ¿No me tenías que dar una noticia buenísima?

LAURITA.- Ah, sí, ya me acuerdo. Bueno, verás, es que resulta que... ¡estoy embarazada!

LIDIA.- ¡Dios mío!

LAURITA.- Eso digo yo. ¿Qué hacemos?

LIDIA.- ¿Cómo que qué hacemos? Dirás qué haces... tú.

LAURITA.- Mamá, no seas tan cómoda: este es un asunto que nos incumbe a todos.

LIDIA.- ¿A tu padre también?

LAURITA.- En cierta medida... también: soy menor de edad, ¿no?

LIDIA.- Eres menor de edad para lo que te conviene: para desayunar, comer y cenar en casa, para pagarte las cuentas del médico, el dentista y el gimnasio, para las clases de baile, inglés y kárate, para los fines de semana, las llamadas de teléfono y los taxis a domicilio... ¡para eso menor de edad! Pero para acostarte con un colombiano de Manizales que canta cumbias en el metro... para eso... ¡tienes más edad que Tutankamón!

LAURITA.- Tú no te acuestas con un colombiano de Manizales porque no quieres.

LIDIA.- No es verdad. A mí lo que me pasa es que no sé

dónde está Manizales y no me puedo acostar con un individuo sin un mínimo de referencias geográficas.

LAURITA.- Aparte de que yo con el colombiano no me acuesto.

LIDIA.- ¿Ah, no?

LAURITA.- No.

LIDIA.- Entonces, ¿quién es el padre de la criatura?

LAURITA.- No lo sé.

LIDIA.- ¿Cómo que no lo sabes?

LAURITA.- Tengo dudas.

LIDIA.- Pero, bueno, Laurita, hija, ¡tú eres una cualquiera!

LAURITA.- Mamá, por favor, no te pongas dramática. Tengo un novio más o menos oficial que se llama Esteban y que estudia Ciencias de la Información y otro que responde al nombre de Tirso y que va para actor, aunque siempre está en el paro. Con Esteban me acuesto de una manera estable y con Tirso de tarde en tarde, sobre todo cuando vuelve de alguna prueba. Hace unos meses coincidieron la misma semana y, claro, se ha armado el lío.

LIDIA.- Pero, ¿tú no tomas la píldora?

LAURITA.- Sí, pero estaba descansando y me desconté.

LIDIA.- Ah, ¿de manera que te descontaste?

LAURITA.- Sí. Eso ocurre, ¿no?

LIDIA.- Sí, eso ocurre.

LAURITA.- De modo que me tienes que ayudar.

LIDIA.- ¿Cómo?

LAURITA.- El miércoles sale un charter para Londres.

LIDIA.- ¿Vas a abortar?

LAURITA.- No digas esa palabra tan fea. Voy, simplemente, a pasar unos días a Inglaterra.

LIDIA.- ¿Con qué dinero?

LAURITA.- Con el tuyo. Bueno, con el tuyo y con el de papá.

LIDIA.- ¿Y qué le decimos?

LAURITA.- ¿Qué le vamos a decir?: que nos apetece pasar un fin de semana en Londres.

LIDIA.- ¿Nos apetece?

LAURITA.- Tú me acompañarás, naturalmente.

LIDIA.- ¡Imposible!

LAURITA.- ¿Me vas a dejar sola?

LIDIA.- ¡Pero, hija, si yo no sé inglés!

LAURITA.- ¡Pues lo estudias! De aquí al miércoles... ¡lo estudias!

(Se va LAURITA y LIDIA CONSTANZA reanuda su conversación con el público.)

LIDIA.- No me dio tiempo de aprender inglés, que es un idioma que sólo entienden los negritos de Kenia y los ejecutivos de Bilbao. Nos hizo buen tiempo, aunque no salimos de la clínica y sólo pudimos pasear por Londres el último día. Lo recuerdo como una de las semanas más raras de mi vida. Laurita lo pasó fatal y yo tuve una sensación confusa que aún hoy no he conseguido aclarar. Menos mal que en unos almacenes de Piccadilly compramos unas chocolatinas deliciosas.

(Aparece FERNANDO Berrugón, el marido.)

FERNANDO.- Estás engordando.

LIDIA.- ¿Tú crees?

FERNANDO.- Lo que yo te diga. Desde que hiciste aquel viaje a Londres con tu hija, empezaste a engordar.

LIDIA.- No sé qué tiene que ver una cosa con la otra.

FERNANDO.- Yo tampoco, pero es así.

LIDIA.- Será que me he aficionado a las chokolatinas. Como aquellas de Piccadilly eran tan buenas...

FERNANDO.- Eso será.

(**FERNANDO Berrugón se pone a leer el periódico o hace algo parecido a eso. Después de una pausa, LIDIA CONSTANZA pregunta...**)

LIDIA.- ¿Y nada más?

FERNANDO.- ¿Cómo dices?

LIDIA.- Pregunto que si, además de llamarme gorda, tienes algo más que decirme.

FERNANDO.- Yo no te he llamado gorda: te he advertido, simplemente, de que estás engordando.

LIDIA.- Una grosería. Yo nunca te he advertido, por ejemplo, de que, cuando comes cebollas, apestas.

FERNANDO.- Nunca como cebollas.

LIDIA.- Siempre, siempre comes cebollas; sobre todo desde que has dejado de comer alcachofas: ¡te encantan las cebollas, te chiflan las cebollas, te mueres por las cebollas! "Camarero, ¿le pone usted unas cebollitas más a la ensalada? Señora, ¿me trae unas cebollas aliñadas para empezar?"

FERNANDO.- Las cebollas son buenas para la salud.

LIDIA.- Serán buenísimas, pero a mí me tiran de espaldas.

FERNANDO.- Escucha, Lidia Constanza: ¡me levanto a las seis cuarenta y cinco de la mañana, me he pasado casi diez horas trabajando y le he tenido que convencer a un señor de Toulouse de que el mejor sitio para veranear en este mundo es la Manga del Mar Menor...!

LIDIA.- Yo prefiero el Caribe.

FERNANDO.- Tú no puedes preferir el Caribe porque nunca has estado en el Caribe.

LIDIA.- No he estado, pero lo prefiero.

FERNANDO.- Bueno, ¡pues aunque lo prefieras! ¡El señor de Toulouse se va a quedar con un apartamento en la Manga! ¡Y punto!

LIDIA.- De acuerdo, vale.

FERNANDO.- Eso. Y no estoy dispuesto a discutir si debo o no comer cebollas.

LIDIA.- Tampoco yo estoy dispuesta a que me digas que estoy engordando. Primero, porque no es verdad, y segundo, porque a ti no te consta.

FERNANDO.- ¿Qué insinúas?

LIDIA.- Que la última vez que me viste desnuda fue en una foto de seis meses que tengo en la mesilla de noche.

FERNANDO.- Trabajo mucho.

LIDIA.- Ya sé que trabajas mucho, no insistas.

FERNANDO.- Tú, en cambio, no trabajas y te da tiempo para tener fantasías eróticas.

LIDIA.- Oye, ya está bien de echarme en cara que no trabajo. En cuanto te descuides, te vas a llevar un susto.

FERNANDO.- ¿Y cuándo me voy a descuidar?

LIDIA.- Un día de estos. (**Se va el marido y LIDIA CONSTANZA vuelve a hablar con el respetable.**) Es muy incómodo que a una le digan que está engordando; sobre todo cuando no es cierto y cuando quien lo dice es el marido de una. Los maridos tienen una sospechosa propensión a ponerse desagradables con el tiempo. Yo siempre he sido una mujer delgada. Bueno, pues si algún verano, en vacaciones, me llenaba un poquito, Fernando Berrugón se ponía contentísimo y me daba pequeños azotes en los muslos diciendo.- «¡Estás como un tren, Lidia Constanza, como un tren!» Yo no sé qué idea tienen los hombres de los trenes, pero la posibilidad de que una mujer se pueda parecer a un tren les excita muchísimo. En cuanto a eso que ha dicho Fernando Berrugón de que me dedico a tener

fantasías eróticas... ¿Quieren que les diga la verdad?: ¡Las tengo, les juro que las tengo! Un día, ya no recuerdo cuándo, Fernando Berrugón, relaciones públicas, me llevó a Amsterdam. En el hotel, por la noche, pasaban películas pornográficas. Eran bastante feas y las protagonistas tenían unos pechos enormes y unos traseros diminutos como de porcelanas de Lladró, pero a Fernando le hacían efecto. Y a mí, ¿por qué no confesárselo a ustedes?, también. Sin embargo, cuando Fernando me preguntaba con su pijama a rayitas azules... «¿Te gusta?», yo contestaba que no porque me acordaba de las monjas clarisas que me enseñaron a leer, del cura Afrodiseo, vaya un nombrecito para un sacerdote, ¿verdad?, que me preparó para la primera comunión y de las procesiones de Semana Santa en Zamora, pero sí, sí me gustaban. ¿Cómo no me iba a gustar si en estas películas la gente hacía el amor siguiendo la dirección de los cuatro puntos cardinales? Y sin embargo mentía porque, como ustedes saben, mi vida es una inmensa e insostenible mentira.

(LIDIA CONSTANZA pone en el tocadiscos una música apropiada y adopta una trascendental postura yoga. Llega FERNANDO Berrugón, el marido.)

FERNANDO.- ¿Qué haces?

LIDIA.- Reflexiono.

FERNANDO.- Ah, reflexionas.

LIDIA.- Sí.

FERNANDO.- ¿Y has terminado de reflexionar?

LIDIA.- Todavía no; ¿no lo ves?

FERNANDO.- De todas maneras, ¿se puede saber dónde coño están mis camisas?!

LIDIA.- ¿Dónde van a estar? Donde siempre: en el primer cajón de la izquierda del armario.

FERNANDO.- En el primer cajón de la izquierda del armario hay unos sostenes blancos, una bufanda roja y unas medias color humo.

LIDIA.- Qué raro.

FERNANDO.- ¿Verdad?

LIDIA.- Eso es que la chica ha visto las camisas y no las ha planchado.

FERNANDO.- ¿Y tú no le has dicho que las planchara?

LIDIA.- Se lo he dicho, pero tiene mucho que hacer.

FERNANDO.- ¿Por qué?

LIDIA.- ¿Porque viene sólo tres días por semana?

FERNANDO.- ¡Pues que venga más!

LIDIA.- Tendríamos que pagárselo y no podemos.

FERNANDO.- ¿Y mientras, qué hago con las camisas?

LIDIA.- ¿Te corren mucha prisa?

FERNANDO.- Naturalmente. Mañana me voy a Cuenca.

LIDIA.- De acuerdo; yo te las plancharé.

FERNANDO.- Y pasado a Logroño.

LIDIA.- Está bien.

FERNANDO.- Y el fin de semana a Gijón.

LIDIA.- Entonces, ¿cuándo te veo?

FERNANDO.- A mi vuelta. El lunes, cuando vuelva, te invito a cenar.

(Se va el marido y LIDIA CONSTANZA sigue su monólogo.)

LIDIA.- Nunca me había invitado a cenar, así que me sorprendió. Cuando un marido, de pronto, sin que haya cobrado una paga extraordinaria, sin que sea su cumpleaños y sin que le haya tocado el cupón de la ONCE, te invita a cenar... malo. En general, al cabo de unos cuantos años de matrimonio, todo lo agradable, atento y cariñoso que hacen los maridos es sospechosísimo. Las mujeres al principio disimulamos, porque

si las mujeres no disimularan el mundo se habría acabado más o menos después de las guerras púnicas. De manera que el día que descubrí un paquete de tampax en el maletín de viaje de Fernando Berrugón intenté llevar el descubrimiento de la forma más civilizada posible.

(LIDIA CONSTANZA se vuelve hacia FERNANDO Berrugón, quien sufre un ataque de lumbago y trae una bolsa de agua caliente en la espalda.)

FERNANDO.- ¿No te dije que esta bolsa pierde agua? A ver cuándo compras otra.

LIDIA.- Te he sacado las cosas del maletín.

FERNANDO.- No es un maletín: es una maleta.

LIDIA.- Será una maleta, pero parece un maletín.

FERNANDO.- Cuando está vacío parece un maletín, pero cuando va lleno es una maleta. Sobre todo teniendo en cuenta que tengo un pinzamiento lumbar y que no puedo llevar peso.

LIDIA.- De acuerdo: sigo con la maleta.

FERNANDO.- Adelante.

LIDIA.- He puesto a lavar tres braslips, dos camisas, un par de calcetines y el pijama a rayas azules.

FERNANDO.- Gracias.

LIDIA.- También he colgado el traje gris oscuro y mañana tempranito plancharé los pantalones de franela que entonan con la chaqueta a cuadros marrones y verdes.

FERNANDO.- Estupendo. ¿Y qué más?

LIDIA.- De momento, nada más.

FERNANDO.- Es que lo dices de una manera... Siempre que vuelvo de viaje, haces lo mismo.

LIDIA.- Sí, siempre que vuelves de viaje hago lo mismo, eso es verdad.

FERNANDO.- Entonces...

LIDIA.- (**Estallando.**) Es que lo que no hago siempre es sacar del maletín...

FERNANDO.- Maleta.

LIDIA.- ... Maleta... ¡un paquete de tampax!

FERNANDO.- (**Ligeramente desconcertado.**) Te confundes, seguro que te confundes. Yo fumo Winston, ya lo sabes.

LIDIA.- Ya sé que no fumas tampax, no soy idiota. Lo único que te digo es que entre tus cosas de aseo, al lado de la crema de afeitar y de la pasta de dientes... ¡había un paquete de tampax!

FERNANDO.- No puede ser.

LIDIA.- Te lo juro.

FERNANDO.- ¿Y qué hacía un paquete de tampax al lado de la pasta de dientes?

LIDIA.- Lo malo no es que estuviera al lado de la pasta de dientes sino, simplemente, que estuviera.

FERNANDO.- Qué raro. ¿Estás segura de que es un paquete de tampax?

LIDIA.- Mira, Fernando Berrugón, sé lo que es un tampax desde que a los once años una amiga mía me enseñó uno en los lavabos del colegio.

FERNANDO.- No lo discuto, pero comprenderás que no tiene el menor sentido que en mi maleta haya un paquete de tampax.

LIDIA.- No, no lo tiene... A menos que... sí, que lo tenga.

FERNANDO.- ¿Qué insinúas?

LIDIA.- Simplemente, que si tú saliste de casa sin un paquete de tampax en el maletín...

FERNANDO.- Maleta.

LIDIA.- ... Y vuelves con uno, por algo será.

FERNANDO.- No uso, Lidia Constanza, te lo prometo: no uso.

LIDIA.- Entonces, ¿cómo explicas que en tu maletín, o como se llame ese feísimo recipiente metálico con el que te vas y vuelves de Cuenca, haya el susodicho paquete de tampax?

FERNANDO.- ¿Cómo quieres que te lo explique?: será una casualidad.

LIDIA.- Los tampax no están en las maletas por casualidad, sino porque alguien los mete dentro.

FERNANDO.- (**Viendo el cielo abierto.**) Exacto. Eso, eso debe ser. Seguro que cuando me hiciste la maleta para irme a Cuenca, los metiste distraídamente.

LIDIA.- ¿Yo?

FERNANDO.- Tú. Estas cosas suceden. Claro, como siempre vas con prisas... Y yo, que te agobio: "Hazme la maleta; deshazme la maleta..." que si la comida... que si el tinte... que si las bombillas del cuarto de baño que siempre se funden... Pobre, pobre Lidia Constanza... Estos trabajos domésticos deben de ser agotadores. No soy justo contigo, Lidia Constanza, de veras no soy justo. Te exijo demasiado. Un día de estos te voy a sacar a cenar, que no se me olvide. ¿Qué? ¿Me das un beso?

LIDIA.- (**Gélida.**) ¿De forma que yo metí el paquete de tampax en tu maleta distraídamente?

FERNANDO.- Sin duda.

LIDIA.- ¿Y tú has ido a Cuenca a conseguir que un grupo de mormones de Alabama compre unas parcelitas cerca de la Casa Encantada y no has visto el paquete de tampax?

FERNANDO.- Eso, eso es: no lo he visto.

LIDIA.- Ni cuando te afeitaste.

FERNANDO.- Ni cuando me afeité.

LIDIA.- Ni cuando te lavaste los dientes.

FERNANDO.- Ni cuando me lavé los dientes.

LIDIA.- Ni siquiera cuando cogiste el peine para peinarte esas canas que tanto te favorecen.

FERNANDO.- Ni siquiera.

(Hay un silencio para que LIDIA CONSTANZA pueda tomar una determinación.)

LIDIA.- Está bien: lo que tú digas.

FERNANDO.- Bueno, mujer, no estés triste, que esto le puede pasar a cualquiera.

LIDIA.- Sí... a cualquiera.

FERNANDO.- Sólo que otra vez ten más cuidado: nada de meter tampax en mi maleta, ¿eh?

LIDIA.- Descuida.

FERNANDO.- ¿Me das un beso?

LIDIA.- Sí.

(FERNANDO Berrugón besa a su mujer con un entusiasmo falsísimo.)

FERNANDO.- Oye, ¿sabes que estás muy guapa?

LIDIA.- **(Resignadamente.)** Gracias.

FERNANDO.- Bueno, pues hasta luego.

(FERNANDO Berrugón se va y LIDIA CONSTANZA habla al público.)

LIDIA.- Me gustaría que no creyeran ustedes que soy retrasada mental. Era evidente que mi marido tenía una aventura. O varias. Pero, claro, una puede llegar a entender, incluso a aceptar, que tu marido tenga una aventura. El problema no es exactamente ese. El problema consiste en saber cuándo una aventura deja de serlo para convertirse en otra cosa. Lo más

grave de todo no es que en la maleta de tu marido haya un paquete de tampax, sino la posibilidad de que alguien lo haya puesto allí a propósito. Los hombres conocen a los hombres, pero no saben nada de las mujeres. Nosotras, en cambio, tenemos la mala suerte de conocerlos a ellos y a nosotras. Una mujer sabe perfectamente que otra mujer es capaz de meter en la maleta de su amante un paquete de tampax para que cuando él llegue a su casa se arme un follón. No es que por esto seamos peores. Somos, simplemente, más prácticas.

(Reaparece LAURITA, la hija, a la que habíamos olvidado un poco. Y que viene ahora con una mochila de la que luego sacará una cámara fotográfica.)

LAURITA.- Mamá, he decidido que voy a trabajar.

LIDIA.- ¿Y en qué, si puede saberse?

LAURITA.- No digas si puede saberse con retintín. ¿Insinúas que no sirvo para nada?

LIDIA.- No, mi vida ¿cómo voy a insinuar eso?

LAURITA.- A ti lo que te pasa es que, como no terminé el BUP, desconfías de mí.

LIDIA.- No es que desconfíe; es, simplemente, que veo el asunto... difícil.

LAURITA.- Te habría gustado que fuese como una hija de la tía Angustias que ya es bibliotecaria.

LIDIA.- Te aseguro que no tengo el menor interés en que seas bibliotecaria.

LAURITA.- Pues lo parece. Aparte de que ¿cómo se me iba a despertar la vocación de bibliotecaria si en esta casa no hay libros?

LIDIA.- Eso no es cierto.

LAURITA.- Bueno, papá tiene tres o cuatro.- «Cómo hablar bien en público sin tartamudear», «Cómo relacionarse con las personas, especialmente si son alemanes», «Las relaciones públicas en la Grecia Antigua». Y tú, la colección completa de

«La sonrisa vertical».

LIDIA.- No tengo la colección completa: me falta un título.

LAURITA.- Como si la tuvieras; da lo mismo. ¡Vaya colección! ¡Como si tú tuvieras necesidad de tener fantasías eróticas!

LIDIA.- ¿Ah, no?

LAURITA.- No. No estás en la edad.

LIDIA.- ¿Y tú sí?

LAURITA.- Yo no tengo necesidad de fantasías eróticas porque me he echado novio.

LIDIA.- No sabía.

LAURITA.- Claro, por eso te lo cuento.

LIDIA.- ¿Y quién es el afortunado?

LAURITA.- ¿Tú te acuerdas de uno que iba para actor, que se llamaba Tirso, y que a lo mejor era medio padre de lo que tuvimos en Londres?

LIDIA.- Vagamente.

LAURITA.- Pues ese. Le han llamado del Centro Dramático Nacional: dice seis frases y media en el próximo espectáculo.

LIDIA.- ¿Y tú?

LAURITA.- No, a mí no me han llamado, pero me llamarán.

LIDIA.- ¿Vas a ser actriz?

LAURITA.- No: voy a ser fotógrafa.

LIDIA.- ¿Y tú qué sabes de fotografía?

LAURITA.- Nada, pero aprenderé. Una amiga mía azafata me ha traído una cámara de Nueva York.

LIDIA.- ¿Y con eso?

LAURITA.- Chupao. La fotografía es muy fácil. Tú ves algo que se te pone delante, ¿no? Bueno, pues, en cuanto lo ves, ya está, disparas: siempre sale. ¿Qué te parece?

LIDIA.- Estupendo. De modo que vas a hacer fotografías de teatro.

LAURITA.- De teatro... de teatro... no sé. De momento le voy a hacer fotos a Tirso. Tirso posa muy bien, no creas: ha estado en siete cursillos de expresión corporal.

LIDIA.- Muy interesante.

LAURITA.- De modo que nos vamos a vivir juntos.

LIDIA.- Por fin.

LAURITA.- Sí, hemos alquilado una casa allá por Lavapiés. Naturalmente, papá y tú nos tendréis que ayudar.

LIDIA.- Naturalmente.

LAURITA.- No es muy caro. Nos lo ha alquilado Esteban, otro novio que tuve que estudiaba Ciencias de la Información y que ahora ha entrado de mensajero en el Ministerio de Cultura. ¿Te acuerdas?

LIDIA.- ¿Uno que también fue medio padre de lo que tuvimos en Londres?

LAURITA.- Ese.

LIDIA.- Pues enhorabuena, hija, enhorabuena.

LAURITA.- ¿A que es un plan estupendo?

LIDIA.- Estupendo.

LAURITA.- ¿No te alegras?

LIDIA.- Claro.

LAURITA.- Como pones esa cara...

LIDIA.- Es que tenía una fantasía erótica, no hagas caso.

LAURITA.- ¡Ay, qué graciosa! Bueno, adiós, me marcho, que hoy le hago fotos a Tirso en la Piscina Municipal.

**(Y, diciendo esta frase, LAURITA se va a hacer sus fotos.
LIDIA CONSTANZA reanuda su narración a los
espectadores.)**

LIDIA.- El sexo... el sexo... ¿Qué es para mí el sexo aparte de una forma como cualquier otra de contemplar el techo de mi habitación? ¿Será cierto, como dice Laurita, que ya no estoy en edad? Pero, ¿es que lo he estado alguna vez? Mis primeros novios me llevaron al cine y me metían mano en el escote. Me han tocado el pecho, los muslos y las nalgas en un campo de maíz, debajo de un pino y en la parte de atrás de un R5. Y nada. ¿Habré llegado a los cincuenta años creyendo que el mundo del sexo es algo que sólo conocen las estrellas de cine entre camisones transparentes, camas doradas con dosel y espejos biselados de cristal ahumado? ¿Qué ha ocurrido desde la primera vez que me acosté con mi novio en Benidorm y la última que lo hice con mi marido, Fernando Berrugón? Decidí que había que luchar. Si mi marido tenía una aventura, yo iba a pelear contra ella. De mujer a mujer, ¿no? ¡Nadie te va a dejar fácilmente en la cuneta, Lidia Constanza, nadie! De manera que me fui a una tienda de lencería y me compré una enagua negrísima.

(Mientras hablaba, LIDIA CONSTANZA se ha puesto, efectivamente, una enagua negra. FERNANDO Berrugón, con el pijama a rayas, llega justo a tiempo de verla.)

FERNANDO.- ¿Qué te has puesto?

LIDIA.- ¿No lo ves?

FERNANDO.- Parece una enagua.

LIDIA.- Negra.

FERNANDO.- Eso: parece una enagua negra.

LIDIA.- Exacto: es una enagua negra.

FERNANDO.- ¿Y para qué te pones una enagua negra, si puede saberse?

LIDIA.- Para estar más sexy.

FERNANDO.- ¿Para estar más qué?

LIDIA.- Sexy.

FERNANDO.- Lidia Constanza, por favor, estoy muy cansado.

LIDIA.- Me da igual que estés cansado, Fernando Berrugón. ¿Te hago un numerito?

FERNANDO.- ¿Cómo dices?

(LIDIA CONSTANZA va al tocadiscos y pone un mambo de Pérez Prado.)

LIDIA.- Podemos hacer el amor en la cocina sobre la encimera, en el cuarto de baño debajo de la ducha o me voy y te compro un columpio.

FERNANDO.- ¿Cómo voy a hacer el amor en un columpio con mis lumbares?

LIDIA.- ¿Te apetece un strip-tease a ritmo de mambo?

FERNANDO.- Te has vuelto loca.

LIDIA.- No me he vuelto loca. Lo que sucede es que no quiero que me engañes con la primera pelandusca que te mete un paquete de tampax en el maletín.

FERNANDO.- Maleta.

LIDIA.- Maleta.

FERNANDO.- ¿Y para que una pelandusca, como tú dices, no me meta un paquete de tampax en la maleta, tú te pones una enagua negra?

LIDIA.- Ya ves.

FERNANDO.- No lo entiendo.

LIDIA.- Pues es muy fácil: ya no te gusto, supongo.

FERNANDO.- No se trata de que me gustes o no: eres mi mujer.

LIDIA.- Ah, no, eso sí que no; de ninguna manera. No quiero que te acuestes conmigo, si es que alguna vez pasa por tu cabeza semejante propósito, por obligación.

(**FERNANDO apaga el tocadiscos con lo que, naturalmente, deja de sonar el mambo.**)

FERNANDO.- Estamos casados.

LIDIA.- Sí, pero el matrimonio no es como el impuesto sobre las personas físicas, que se paga en dos plazos. Contéstame: ¿ya no te gusto?

FERNANDO.- ¿Te gusto yo a ti?

LIDIA.- Tú primero.

FERNANDO.- Estás bien, Lidia Constanza, estás bien. Sigues teniendo las cosas en su sitio.

LIDIA.- ¿Y además?

FERNANDO.- Además... nada. Ya te lo he dicho... estás bien.

LIDIA.- Es que no quiero estar bien. Quiero que me necesites... que me busques... que me desees...

FERNANDO.- ¿Que te desee?

LIDIA.- Pero, ¿es que no lo comprendes? Soy un animalito, un pobre y solitario animalito que no quiere limitarse a la simple y miserable ocupación de contribuir a la supervivencia de la raza humana. Entre otras razones, porque ya lo he hecho. ¡He regalado al mundo una insoportable fotografía dispuesta a hacerle fotos a todos los actores vocacionales que estén deseando que los contraten en los Teatros Nacionales! ¡Me quedé embarazada un sábado por la tarde, me dolieron los riñones, la espalda y las piernas durante nueve meses y di a luz de mala manera en una clínica buenísima en la que tú tenías un seguro y en la que me pegaron una bronquitis que todavía arrastro, un lunes por la mañana! Sé lo que es un orgasmo gracias a un libro que he leído de erótica oriental y a unas declaraciones por la tele de Cristina Almeida. Pero no importa. Soy una mujer y me encanta que alguien me observe de reojo por la calle, y se me alegra el corazón cada vez que un hombre me mira las piernas.

(**Después de este desahogo de LIDIA CONSTANZA, hay**

un silencio. Luego, FERNANDO Berrugón se limita a decir...)

FERNANDO.- No sabía.

LIDIA.- No, no sabías.

FERNANDO.- Lo siento. Creí que era un buen marido.

LIDIA.- Los habrá peores, seguramente.

FERNANDO.- Soy uno de los más cotizados relaciones públicas de este país.

LIDIA.- Sí.

FERNANDO.- Cobro un buen sueldo, unos excelentes porcentajes sobre los negocios de la empresa para la que trabajo y unas dietas que me permiten, cuando viajo, traerte unos collares de Mallorca, una vajilla de La Cartuja y un modelito del Paseo de Gracia de Barcelona.

LIDIA.- Sí.

FERNANDO.- Vivimos cómodamente, tenemos dos televisores, un vídeo VHS y un compact disc con filtro digital.

LIDIA.- Sí.

FERNANDO.- En verano salimos un mes de vacaciones y en invierno tienes una estufita encendida permanentemente en el baño que, como es eléctrica, cuesta un ojo de la cara.

LIDIA.- Sí.

FERNANDO.- Ya sé que no soy Tom Cruise, entre otras cosas porque Tom Cruise es veinte años más joven que tú y eso no tiene arreglo.

LIDIA.- No.

FERNANDO.- Pero nos hemos casado, tenemos un piso a nombre de los dos y una cuenta corriente de uso indistinto, aparte de una hija que no sabe cómo pagar una buhardilla en Lavapiés. ¿De veras crees que todo esto se puede tirar por la ventana?

LIDIA.- No lo sé.

FERNANDO.- No, no se puede. Tú y yo estamos unidos, Lidia Constanza.

LIDIA.- Entonces, ¿por qué traes el maletín lleno de tampax?

FERNANDO.- No lo traigo lleno y te repito, por última vez, que no es un maletín.

LIDIA.- Da lo mismo: maleta, maletín, bolsa, baúl... o samsonite, ¡como quieras! Y no me importa que sea una docena de paquetes de tampax o uno... un triste y famélico tampax... ¡uno solo! ¡No quiero que me engañes con una individua que usa los tampax de mi misma medida, ¿está claro?!

FERNANDO.- Ah, ahora resulta que lo que te molesta es la medida.

LIDIA.- No es que me moleste, es que me parece un recochineo.

FERNANDO.- Pero, ¿no habíamos quedado en que fuiste tú quien me metió los tampax en la maleta?

LIDIA.- ¡No habíamos quedado en nada y no me saques de mis casillas! Quien te metió los tampax en la maleta, ¡a ver si te enteras!, fue la otra: esa con la que te vas de viaje de negocios.

FERNANDO.- ¡No es verdad!

LIDIA.- ¡Sí lo es!

FERNANDO.- ¡No tengo ninguna amante!

LIDIA.- ¡La tienes! Una... o... ¡veinticinco! No lo sé. Y fue a ella a la que se le ocurrió lo de los tampax para ver si así teníamos una bronca y nos separábamos.

FERNANDO.- ¡No sabes lo que dices!

LIDIA.- ¡Lo sé perfectamente! Lo único que no sé, y por eso me he puesto la enagua negra, es qué tendrá ella que no tenga yo.

FERNANDO.- ¿Qué dices?

LIDIA.- Lo que oyes. ¿Es más joven? ¿Más guapa? ¿Con más pechuga? ¿Con más trasero? ¿O, simplemente, es más descarada

que yo? ¿Qué es lo que echas en falta en mi cama, Fernando Berrugón?

FERNANDO.- Bueno, bueno, ya está bien: me marcho.

LIDIA.- No, no te marchas. ¡Contéstame!

FERNANDO.- Te juro por...

LIDIA.- ... No jures por nuestra hija, que no tiene mérito.

FERNANDO.- Pues por quien quieras, ¡te juro por quien quieras que no tengo una amante!

LIDIA.- No te creo.

FERNANDO.- Te lo he jurado.

LIDIA.- Mi madre me contó que un día pilló a mi padre en la cama con otra y que mi padre le juró que era una enfermera que le estaba poniendo una inyección.

FERNANDO.- Pero yo no soy tu padre.

LIDIA.- No, pero te pareces muchísimo.

FERNANDO.- ¿Sabes una cosa? ¡No tengo una amante, pero la voy a tener!

LIDIA.- ¿Ah, sí?

FERNANDO.- Sí. Ya que sospechas tanto, que sea con fundamento.

LIDIA.- Fernando Berrugón, eres el mayor cínico que me he echado a la cara en toda mi vida.

FERNANDO.- Lidia Constanza, no puedo seguir discutiendo contigo con esta enagua: me resulta patético.

(Hay una pausa un poquito larga. A lo mejor, bueno, a lo peor, entre discusión y discusión se han hecho daño.)

LIDIA.- ¿Te vas el viernes a París?

FERNANDO.- Sí.

LIDIA.- ¿Con ella?

FERNANDO.- Ya te he dicho...

LIDIA.- **(Insiste.)** ¿Con ella?

FERNANDO.- **(Después de una pausa y como aceptando.)**
No lo sé.

LIDIA.- Como quieras. Cuídate.

FERNANDO.- Gracias.

LIDIA.- Y no te olvides de llevarte la bolsa de agua caliente.

(El marido se va y LIDIA CONSTANZA se vuelve hacia el público.)

LIDIA.- ¿Por qué al final estuve comprensiva? ¿Por qué no le dije la verdad?: que me sentía humillada hasta los huesos y que no se lo iba a perdonar nunca. ¿Por qué, de nuevo, volví a mentir? ¿Por qué durante un segundo fui tan odiosamente maternal? ¿Por qué no le conté que había tomado una decisión? Pero, ¿cuál decisión?: ¿irme de casa con un maletín como el suyo?, ¿volver con mis padres a que me repitieran que me había equivocado?, ¿alquilar un apartamento con una amiga?, ¿pero qué amiga?, ¿y mojar todas las mañanas el croissant de la libertad en el café con leche? Tal vez nunca hubiera contestado a estas preguntas de no haber leído este anuncio en el periódico: "Se necesita mujer madura, de buena presencia, para establecimiento de moda femenina: filipinas abstenerse". Aunque lo de las filipinas no lo entendí muy bien, me presenté en la dirección que ponía el diario.

(Aparece una mujer que, con un poco de buena memoria, los espectadores pueden reconocer como RENATA, una amiga de LIDIA de cuando eran jóvenes.)

RENATA.- No es posible.

LIDIA.- ¿Tú?

RENATA.- Renata Sonsoles, aquí estoy.

LIDIA.- Has puesto una tienda.

RENATA.- De moda: femenina.

LIDIA.- Pero, ¿no te habías casado con un droguero de la Carrera de San Jerónimo?

RENATA.- Sí, y las cosas me han ido estupendamente. Tengo tres hijos, dos de ellos ya casados, y Feliciano, mi marido, ya sabes, además de la droguería ha puesto un supermercado fenomenal en Capitán Haya con sucursales en Móstoles y Moratalaz. ¿Y a ti?: ¿qué tal?

LIDIA.- Bien, muy bien.

RENATA.- ¿Te casaste?

LIDIA.- Sí, ¡qué remedio!

RENATA.- ¿Y funciona?

LIDIA.- ¿Mi matrimonio? Claro, claro que funciona. Mi marido es uno de los subdirectores del Banco Urquijo y gana muchísimo dinero. Nada, no me falta de nada.

RENATA.- ¿Tienes hijos?

LIDIA.- Una niña; bueno, y a una mujer, claro: es licenciada en filología inglesa. Ahora está en Cambridge... perfeccionándose.

RENATA.- Anda, siéntate. ¿Quieres un café?

LIDIA.- Gracias, pero en realidad tengo prisa.

RENATA.- Siéntate, no seas tonta. Después de tantos años... Has venido a ver los vestidos, naturalmente. ¿Cómo te enteraste de que existía esta tienda?

LIDIA.- Ah, pues por los periódicos... eso es... un anuncio.

RENATA.- Sí, sacamos uno muy bonito cuando la inauguración. Estuvo a punto de venir la Reina, ¿sabes? "Esta tarde a las 7'30 presentación de la nueva casa de moda femenina «La Violetera Española»", suena bien, ¿verdad?

LIDIA.- Sí, muy bien.

RENATA.- Tengo una clientela fenomenal. Mucha mujer de diplomático, sobre todo. ¿Qué tipo de ropa vienes a buscar? ¿De tarde, de mañana, de noche? Ayer Rosita Cabrera se llevó uno para la fiesta de la revolución cubana que era una preciosidad. ¿A ti te invitan los cubanos?

LIDIA.- No, a mí no me invitan los cubanos.

RENATA.- ¡Qué lástima! No importa. Dime, ¿qué quieres?, soy un poquito cara, pero te voy a hacer un precio especial, naturalmente.

LIDIA.- No, no, déjalo. Verás... yo.. no he venido a... a comprar un vestido.

RENATA.- ¿Ah, no?

LIDIA.- No. Yo he venido por el anuncio.

RENATA.- Claro, el de la inauguración... ése.

LIDIA.- No, ése no: otro.

RENATA.- ¿Cuál?

LIDIA.- Ese en el que pedías una mujer madura... de buena presencia... no filipina...

RENATA.- No, filipina no. Estoy ya de filipinas hasta el moño.

LIDIA.- Por eso he venido.

RENATA.- Lidia Constanza, no me asustes: ¿necesitas trabajar?

LIDIA.- No exactamente por dinero... tengo más o menos lo suficiente... pero... sí... lo necesito.

RENATA.- ¿Por qué?

LIDIA.- Estoy harta de que mi marido me eche en cara que no trabajo.

RENATA.- Ah, ¿de manera que tu marido es uno de esos monstruos que creen que darle instrucciones a la chica, pensar en la cena, la comida y el desayuno, apretar sucesivamente los botones del lavavajillas y de la lavadora, además de ir y venir de la peluquería para estar siempre mona y apetecible, no es un

trabajo?

LIDIA.- Sí, eso cree.

RENATA.- Y tú también te lo has creído y has tomado la decisión de trabajar.

LIDIA.- No es exactamente así. La niña está independizada... no me necesita... y yo... bueno... me aburro.

RENATA.- Mira, en eso te entiendo perfectamente: yo también me aburro. El matrimonio es bastante aburrido, ¿no te parece?

LIDIA.- Sí, bastante.

RENATA.- ¿Recuerdas que yo me casé porque ya estaba en la edad?

LIDIA.- Lo recuerdo.

RENATA.- Era mentira. Nunca se está en edad de casarse: mal negocio.

LIDIA.- ¿Cómo te llevas con Feliciano?

RENATA.- Me llevo. Es servicial... buena persona... limpio... pero tan soso... parece que no tiene sangre en las venas. Está gordito, ¿sabes? Ay, no sé. A veces pienso que me gustaría que se echara una amante. A ver si así...

LIDIA.- ¿Te gustaría que tuviera una amante? ¿En serio?

RENATA.- Bueno, tanto como gustarme... No sé... estaría bien. Aparte de que... entre nosotras... yo también tengo lo mío.

LIDIA.- No me digas.

RENATA.- Lo que oyes. En este sentido, lo de "La Violetera Española" me es muy útil.

LIDIA.- De modo que engañas a Feliciano.

RENATA.- Mujer, dicho así... No le engaño: me distraigo. ¿Tú no?

LIDIA.- No, yo no me distraigo.

RENATA.- Ah, pues deberías. A nuestras edades sienta estupendamente. Así te aburrirías menos.

LIDIA.- Puede ser.

RENATA.- ¿De veras quieres el empleo?

LIDIA.- Sí.

RENATA.- ¿Hacen ciento cincuenta mil al mes limpias más posibles comisiones?

LIDIA.- Hacen. ¿Y en qué he de ocuparme?

RENATA.- Muy sencillo. Serás relaciones públicas de "La Violetera Española". ¿Te gusta?

LIDIA.- Me encanta. La mayor ilusión de mi vida era acabar siendo relaciones públicas.

RENATA.- ¿Se lo vas a decir a tu marido?

LIDIA.- Por supuesto que se lo voy a decir a mi marido. Se alegrará un montón, estoy segura.

(Se va RENATA y aparece FERNANDO Berrugón como si acabara de escuchar el final de la conversación anterior.)

FERNANDO.- ¿Qué has dicho?

LIDIA.- Me he contratado de relaciones públicas en "La Violetera Española".

FERNANDO.- ¿Y eso qué es? ¿Una tienda de flores?

LIDIA.- No: una tienda de modas, femenina.

FERNANDO.- ¿Y por qué de relaciones públicas?

LIDIA.- No sé. Necesitaban uno.

FERNANDO.- No es verdad. Lo has hecho para fastidiarme, para hacerme la cusqui.

LIDIA.- ¿Por qué?

FERNANDO.- ¡Porque en esta casa no hay más relaciones públicas que yo!

LIDIA.- ¿Ah, sí?

FERNANDO.- Sí. Son muchos años de trabajos, de esfuerzos, de sacrificios, de ganarme un puesto poquito a poco, paso a paso, para que ahora mi propia mujer, ¡y en mi casa!, me haga la competencia.

LIDIA.- Yo no te hago la competencia. Simplemente quiero trabajar. ¿No te has pasado la vida reprochándome que no trabajara?

FERNANDO.- Pero no de relaciones públicas, ¡coño! ¿A quién se le ocurre?

LIDIA.- No sé qué tiene de malo. Además, ya no hay solución: he firmado un contrato.

FERNANDO.- Ya. Has firmado un contrato.

LIDIA.- Que, por otra parte, nos vendrá estupendo: hay que echarle una mano a Laurita, es nuestra hija.

FERNANDO.- ¿Y quién se ocupará de la casa?

LIDIA.- ¿Qué casa?

FERNANDO.- Esta, esta casa: no ganes tiempo.

LIDIA.- Bueno... yo: me ocuparé yo. En los ratos que tenga libres, claro.

FERNANDO.- ¿Cómo que en los ratos que tenga libres, claro? Será al revés.

LIDIA.- El trabajo está por encima de todo, Fernando Berrugón. Tú mismo lo has dicho muchas veces.

FERNANDO.- El mío, pero no el tuyo.

LIDIA.- ¿Por qué el tuyo, pero no el mío?

FERNANDO.- Porque sí; porque no irás a comparar.

LIDIA.- Sí comparo, claro que comparo, por supuesto que comparo. ¿Qué le ocurre a tu trabajo que no le ocurra al mío?

FERNANDO.- Pues que yo gano más dinero, por ejemplo.

LIDIA.- A la corta, que a la larga nunca se sabe.

FERNANDO.- Pero ven aquí, Lidia Constanza, ven aquí, sé

razonable: ¿me quieres explicar quién me va a hacer el lenguado a la plancha todas las noches?

LIDIA.- Depende: unos días yo y otros tú. Tampoco tiene tanta ciencia.

FERNANDO.- ¡No sé, Lidia Constanza, no sé hacer un lenguado a la plancha, nunca lo he sabido, no sé plancharme los pantalones, ni lavarme una camisa, ni he aprendido a hacer funcionar el contestador automático ni a programar el vídeo ni a poner en marcha el lavaplatos!

LIDIA.- Pues aprendes.

FERNANDO.- Lidia Constanza: o renuncias a ser relaciones públicas de "La Violetera Española" o este matrimonio nuestro va a acabar fatal.

LIDIA.- Fernando Berrugón: acabe como acabe nuestro matrimonio, no estoy dispuesta a renunciar a ser relaciones públicas de "La Violetera Española" aunque me mates.

FERNANDO.- Está bien. Haz lo que quieras, pero atente a las consecuencias.

LIDIA.- De acuerdo: me atenderé. (**Se marcha FERNANDO Berrugón y LIDIA CONSTANZA sigue hablándole al público.**) Yo no sé si ustedes también son relaciones públicas, porque en este país casi todo el mundo que no sirve para algo es relaciones públicas y ustedes perdonen la manera de señalar. Es un oficio que está bastante bien y que, además, resulta estupendamente ambiguo. La verdad es que el trabajo en "La Violetera Española" no mataba. De cuando en cuando, organizaba alguna fiesta, algún pase de modelos, algún baile de disfraces... También tenía que acordarme de los santos y los cumpleaños de nuestras clientas, de enviarles ramos de flores y una felicitación en Navidad. Alguna vez acompañaba a Renata en algún viaje a París o a Milán. Era divertido. El sueldo de "La Violetera Española" no era mucho, pero, como Fernando Berrugón, orgullosamente, no quería aceptar ni un céntimo, me encontré con que podía echarle una mano a Laurita y aún me quedaba para mis caprichos. Todo habría transcurrido monótonamente igual, de no haber descubierto un día las maquinillas del casino.

(LIDIA CONSTANZA se coloca delante de una máquina tragaperras en un imaginario casino. Se podría escuchar incluso el ruido de las monedas, de la palanca y de todo el mecanismo, además de una pegadiza música de fondo mientras continúa charlando con los espectadores.)

Nunca creí que el juego fuese algo tan fascinante ni que yo tuviera espíritu de jugadora. Una tarde, Renata me dijo: "Anda, vámonos a jugar unas perras". La idea no me atrajo especialmente, pero un poco por la novedad y otro poco por llegar algo más tarde a casa, acepté. Renata me hizo cambiar cinco mil pesetas y me dieron un montón de monedas. No sabía cómo funcionaba aquello, pero aprendí rápidamente. Me senté en una banqueta delante de la máquina y aquí estoy desde entonces. Quiero decir que vengo todos los días. ¿Por qué? Lo ignoro. Tal vez porque todos necesitamos creer en algo y el azar es una de las pocas cosas creíbles que aún quedan en este mundo.

(Mientras LIDIA CONSTANZA estaba terminando de hablar, ha llegado un hombre, se podría llamar ÁLVARO, y se ha colocado junto a ella. Es más joven que LIDIA CONSTANZA aunque no exageradamente. Es muy posible que lleve gafas y esté interpretado por el mismo actor que hizo de COSME en la primera parte.)

ÁLVARO.- Difícil, ¿no?

LIDIA.- No, no, es muy fácil: se echan las monedas, se le da a la palanquita...

ÁLVARO.- Ya, ya, pero lo difícil es ganar dinero.

LIDIA.- Ah, eso... Bueno, yo no vengo a ganar dinero. Yo vengo... a jugar.

ÁLVARO.- Pero si gana...

LIDIA.- Sí, claro, si gano mejor, pero me contento con no perder demasiado.

(Hay una pausa para que LIDIA siga jugando.)

ÁLVARO.- Muy bien, eso que le ha salido está muy bien.

LIDIA.- ¿Usted cree? Dos tréboles y una raya: lo justo para ir tirando.

ÁLVARO.- Yo antes jugaba a la ruleta, pero ya no.

LIDIA.- ¿Por qué?

ÁLVARO.- Me cansé de que nunca saliera el ocho. Bueno, salía pero siempre que yo no jugaba. Era algo muy especial. Yo pensaba: Ahora, ahora voy a poner al ocho. Pero inmediatamente después: No, ahora no, luego, la siguiente vuelta.

LIDIA.- Y salía.

ÁLVARO.- Sí, salía, salía. Justo cuando lo jugaba una señora con escote, un jovencito con barba o un caballero con artrosis. Una vez jugué veintidós veces seguidas al ocho y no salió nunca. Bueno, pues a la vigésimo tercera salió y le tocó a un individuo feísimo que se puso a cantar una jota.

LIDIA.- No sabía que el ocho produjera estos efectos.

ÁLVARO.- En los de Calatayud, desde luego. **(Se ríen y por un momento han dejado de jugar.)** Oiga, ¿usted cree que le va a salir un jack-point y que se va a llevar todo el dinero que hay en la máquina?

LIDIA.- No, no lo creo.

ÁLVARO.- Entonces, le invito a una copa. No me diga que no, por favor. ¿De acuerdo?

LIDIA.- Bien. **(ÁLVARO se va mientras LIDIA CONSTANZA se dirige otra vez a la audiencia.)** ¿Por qué acepté? No lo conocía de nada y, sin embargo, me parecía conocerle de algún sitio. Sin alguna razón concreta, me recordaba a Cosme, aquel novio que tuve y que estaba tan obsesionado con el asunto de las erecciones. Sí, era un poco como Cosme aunque mayor, claro, con bigote, ojeras y varias arrugas.

(ÁLVARO regresa con dos copas, servidas, en la mano.)

ÁLVARO.- Perdón, ¿decía?

LIDIA.- No... nada, nada.

ÁLVARO.- ¿No me dijo que aceptaba mi copa?

LIDIA.- ¿Cómo? Ah. Sí, perdone.

(LIDIA CONSTANZA acepta la copa que ÁLVARO le ofrece.)

ÁLVARO.- He pedido dos daiquiris: aquí están.

LIDIA.- ¿Daiquiris? Pero si yo nunca bebo daiquiris.

ÁLVARO.- No, yo tampoco.

LIDIA.- Entonces...

ÁLVARO.- Es lo más exótico que se me ha ocurrido. Chin.

LIDIA.- Chin.

ÁLVARO.- ¿Cree usted que debo presentarme?

LIDIA.- No sé, como quiera.

ÁLVARO.- Me llamo...

LIDIA.- ¡Cosme!

ÁLVARO.- No, no me llamo Cosme. Me llamo Álvaro y soy relaciones públicas.

LIDIA.- (A la que está a punto de darle un ataque.) ¡No es posible!

ÁLVARO.- ¿Qué le ocurre? ¿He dicho algo gracioso?

LIDIA.- No, no, en absoluto; no ha dicho usted nada gracioso.

ÁLVARO.- Oiga, usted no será relaciones públicas.

LIDIA.- No, ¿cómo voy a ser relaciones públicas? ¡Qué idea!

ÁLVARO.- ¿Qué es usted?

LIDIA.- Nada, totalmente nada: ama de casa.

ÁLVARO.- ¿De veras?

LIDIA.- Claro, ¿por qué no? Vengo aquí a confesarle a la máquina mis frustraciones. ¿No hay quien va a un confesionario? Pues yo me arrodillo delante de la máquina y me confieso.

ÁLVARO.- No la creo.

LIDIA.- Hace mal.

ÁLVARO.- ¿Cómo se llama?

LIDIA.- ... Anabel.

ÁLVARO.- Es muy bonito.

LIDIA.- Demasiado, ¿no?

ÁLVARO.- No: me gusta. Suena bien.

(Hay una pausa. Por primera vez desde que se conocieron no saben qué decir.)

LIDIA.- Está bueno el daiquiri.

ÁLVARO.- Excelente.

LIDIA.- Creo que tengo que irme. Gracias por todo.

ÁLVARO.- ¿La acerco a algún sitio?

LIDIA.- No; tengo coche.

ÁLVARO.- ¿No puede quedarse a cenar?

LIDIA.- No puedo.

ÁLVARO.- ¿Está usted casada?

LIDIA.- ¿Y esa pregunta?

ÁLVARO.- Perdone.

LIDIA.- (Después de una pausa.) No... no estoy casada. **(LIDIA CONSTANZA va a hablar a sus espectadores mientras ÁLVARO se marcha a algún otro sitio.)** ¿Por qué le dije que no estaba casada? ¿Por qué le había dicho que me llamaba Anabel como el personaje de un poema de Allan Poe que alguien me había prestado de niña? ¿No sería que estaba deseando que alguien alguna vez me llamara Anabel y no lo había conseguido nunca? ¿Es posible que me gustara porque era algo más joven que yo o simplemente porque en ocasiones se tienen unos deseos desesperados de hablar con alguien que no sea de tu familia, de tus amistades o de tu trabajo? ¿O me sentía atraída porque me recordaba, como ya les he dicho, a Cosme, aquel novio que me apretaba el pecho izquierdo como si fuese el claxon de un coche? ¿Qué me ocurre, Lidia Constanza, que mi marido se parece a mi padre, mi madre se parece a la vecina de mi casa y mi ex novio es igual que un individuo que acabo de conocer y que juega a las maquinillas del Casino como yo? ¿Y por qué, además, sólo tropiezo en mi vida con relaciones públicas? ¿Qué extraño destino es el tuyo, Lidia Constanza?

(Cuando LIDIA CONSTANZA ha terminado estas reflexiones, aparece LAURITA, la niña.)

LAURITA.- Ya sé que tienes un amante.

LIDIA.- No es verdad.

LAURITA.- Es inútil que mientas, mamá: te han visto.

LIDIA.- ¿Dónde?

LAURITA.- Entrar y salir varias veces de un portal de la calle Cedaceros.

LIDIA.- ¿Qué le pasa a la calle Cedaceros?

LAURITA.- Que no es el sitio ideal para tener un nido de amor.

LIDIA.- ¿Por qué?

LAURITA.- Porque no, porque no se puede acostar una con su amante en una calle céntrica.

LIDIA.- Ya te he dicho que no tengo ningún amante.

LAURITA.- Tirso te ha visto.

LIDIA.- Pues le dices a Tirso que se equivoca.

LAURITA.- No se equivoca: he indagado.

LIDIA.- Ah, has indagado.

LAURITA.- Sí. En Cedaceros: el quince bis.

LIDIA.- ¿Y qué es lo que has averiguado?, si puede saberse.

LAURITA.- Pues que te haces pasar por una tal Anabel, que vaya a nombrecito, se las trae.

LIDIA.- Es la protagonista de un poema de Allan Poe que tú no has leído... naturalmente.

LAURITA.- Te haces pasar por ella.

LIDIA.- No me hago pasar por ella: soy ella.

LAURITA.- Entonces... ¿es cierto?

LIDIA.- ¿No dices que has indagado?

(Se produce una pausa inevitable.)

LAURITA.- ¿No te da vergüenza?

LIDIA.- ¿El qué?

LAURITA.- Engañar a papá... por ejemplo.

LIDIA.- ¿Te dio a ti vergüenza ir a Londres a algo más que a comprar chocolatinas en Piccadilly?

LAURITA.- No es lo mismo.

LIDIA.- No, no es lo mismo: es peor. En todo caso, igual.

LAURITA.- Mi padre es mi padre.

LIDIA.- Y mi vida es mi vida.

LAURITA.- Espero que tendrás el buen gusto de no hacer frases.

LIDIA.- Qué buen sentido tienes cuando quieres, ¿no?

LAURITA.- Mamá, por favor, no te vengues.

(Otra pausa, esta vez más larga.)

LIDIA.- ¿Se lo vas a decir?

LAURITA.- ¿A papá? No, descuida. Pero lo notará. **(Una pausa aún más larga que la anterior.)** ¿Te puedo hacer una pregunta?

LIDIA.- Sí.

LAURITA.- ¿Le quieres?

LIDIA.- ¿Cómo saber si le quiero o si le necesito? ¿Cómo averiguar si lo que me sucede es que estoy harta de hablar sola o de hablar delante de una máquina que funciona con monedas de veinticinco, cincuenta o cien pesetas?

LAURITA.- ¿Te irías con él?

LIDIA.- No lo sé.

LAURITA.- ¿Y él... se iría contigo?

LIDIA.- No pienso preguntárselo.

LAURITA.- Lástima, porque entonces, si tú no haces esta pregunta, ¿cómo va a acabar esta función?

(LAURITA se va y LIDIA CONSTANZA se queda, más sola que nunca, hablando a los espectadores.)

LIDIA.- Sí, ¿cómo va a acabar esta función? ¿Ustedes qué harían en mi caso teniendo en cuenta, además, que hoy es mi cumpleaños? ¿Me voy con Álvaro, un relaciones públicas que

ha hecho un master en Houston y que trabaja en una empresa valenciana que vende zapatos de Elda en Estados Unidos, o me quedo con Fernando Berrugón, que sigue trayendo en su maletín un paquete de tampax después de cada viaje de fin de semana? No crean ustedes que me sobra el tiempo para decidirme. Hoy soy una mujer madura atractiva, pero dentro de unos años seré, simplemente, una mujer madura. Pero, ¿qué es una mujer madura, aparte de una expresión poco afortunada? ¿A qué tengo que renunciar? ¿A qué debo resignarme? ¿Ya no hay ninguna aventura en mi bola de cristal? ¿Ya nadie me va a leer un horóscopo con viajes, sorpresas o conocimientos inesperados? ¿Qué esperan ustedes que defienda al final de esta historia?: ¿la sagrada institución del matrimonio?, ¿la arrebatada necesidad de la pasión? ¿O todas las pasiones acaban siendo institucionales? ¿Son el aburrimiento, la monotonía y la conformidad los últimos recursos del ser humano? ¿Vale la pena ser mujer y llamarse, más o menos, Lidia Constanza?

(Aparece FERNANDO Berrugón, quien avanza lentamente hacia ella.)

FERNANDO.- Hoy es tu cumpleaños, Lidia Constanza.

LIDIA.- Sí, hoy es mi cumpleaños.

FERNANDO.- Feliz Aniversario.

LIDIA.- ¿Tú sabes dónde está la calle Cedaceros, Fernando Berrugón?

FERNANDO.- Lo sé perfectamente. Es una calle por la que no pienso volver a pasar. ¿Y tú?

LIDIA.- Yo no lo sé, de veras, no lo sé.

(Aparece LAURITA con una tarta en la que hay el número 50 y una vela encendida.)

FERNANDO.- ¿No quieres un poquito de tarta?

(Se escuchan -bajitos- los primeros compases de la tónica canción «Cumpleaños Feliz».)

LIDIA.- ¿Está buena?

FERNANDO.- Eso si no se prueba no se puede saber.

LIDIA.- ¿Nos la vamos a comer entre nosotros?

FERNANDO.- ¿Tú no quieres?

LIDIA.- ¿Por qué no? ¿Qué sería de un buen cumpleaños sin una buena tarta? Adelante.

(Salen todos los personajes / actores que han intervenido en la obra y cantan «Cumpleaños Feliz». Entonces LIDIA CONSTANZA apaga la vela de la tarta y se produce un oscuro que marca el final de esta comedia.)

Madrid, 23 de abril de 1990